
LOS SILENCIOS: CONTRIBUCION A LA INTERPRETACION DE LAS NO-RESPUESTAS EN LAS ENCUESTAS DE OPINION

“... el turco levantaba a veces la mano derecha y hacía con su dedo un gesto amenazador, o movía toda la mano como queriendo indicar que se negaba a contestar. En este caso, sólo la insistencia del que interrogaba podía lograr una respuesta, que por lo general era ambigua o expresaba descontento...”

(E. T. A. HOFFMANN, *Los autómatas*)

I. EL LENGUAJE DE LA ABSTENCION

“Wovon nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen.

(Ludwig WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*)

Jean-Claude Passeron *

Los escritos metodológicos dedicados al cuestionario no se muestran en absoluto avaros de respuestas al interrogante que plantean desde siempre las no-respuestas. Sólo algunos furiosos del rendimiento, cuya capacidad profesional les hace sentir toda abstención de los entrevistados como un robo de la información que se les debe, quisieran reducir este problema al de la investigación de las técnicas más adecuadas para acorralar o coger en la trampa al abstencionista, para minimizar las no-respuestas y «obligar a elegir».

Sin embargo, la mayor parte de los sociólogos sabe muy bien que, frente a una pregunta determinada (en la medida en que se puede considerar que todos la entienden monosémicamente) y en una situación de interrogación que se supone «estandarizada», toda abstención proporciona una serie de informaciones, al menos *por diferencia* y, más concretamente, por la suma de todas las diferencias que dicha abstención insta. En la medida en que se pueda construir el conjunto de dichas diferencias como un sistema de relaciones, la enunciación que autorizan no será ni menos rica ni tendrá una forma distinta a la de cualquier otra enunciación empírica que se refiera a una realidad social. En cualquier caso, los enunciados finales valen empíricamente lo que valgan *las condiciones de la observación y el lenguaje de la descripción*.

El conjunto de enunciados puede engendrar la comparación de las propiedades de los que no contestan con las de los que contestan, o la comparación de la distribución de las no-respuestas con la forma o con el contenido de las respuestas

* Traducido por José María Domínguez Luengo y Fernando Porto-Vázquez.

que dan o que darán a otras preguntas o en otras situaciones, los que no contestan. En el caso del cuestionario, sólo vinculando un tratamiento suficientemente multidimensional del conjunto de los datos acopiados a una comparación suficientemente amplia de lo que hablar o callarse significa en diferentes situaciones de interrogación, para diferentes grupos y en diferentes ámbitos, puede conseguirse extraer lo que de enunciación pueda encerrar un silencio.

Hacer hablar a los que se callan, en cualquier disciplina, expone al portavoz al riesgo de sobre-interpretar o al de la «evidencia» empática. El patinazo hermenéutico sólo se puede controlar en las ciencias no-experimentales por un aumento de exigencias en la comprobación de relaciones y en las comparaciones, únicos medios de fundamentar presunciones. Las no-respuestas que suscitan las preguntas de un cuestionario no son menos equívocas que las abstenciones o los silencios que produce la vida social en el desorden de lo cotidiano, puesto que la «estandarización» de la situación y del lenguaje de la interrogación a la que pretende la encuesta no deja de ser en parte ilusoria. Aquellas no pueden tener otra significación empírica que la que el sociólogo sea capaz de producir diversificando el sentido de silencios, que en sí mismos son indiscernibles, por referencia a la distribución de las abstenciones en una configuración, lo más amplia y diferenciada posible, de silencios y enunciados.

Es seguramente esta dirección la que siguen la mayoría de los análisis de no-respuestas, por lo menos cuando avanzan equipados con los medios tecnológicos necesarios y con un método de interpretación. Se diría sin embargo que lo hacen como si tuvieran siempre prisa,^(a) o por acabar con ese «pequeño» problema que plantea una categoría limitada de sujetos que no contestan, o, al contrario ^(b) por alcanzar de un golpe una interpretación *omnibus* de la no-respuesta a cualquier cuestionario.

Ya se sabe que los atajos teóricos demasiado tentadores conducen rápidamente al esencialismo. Así se quedan en efecto los comentarios tan interesados en ver dentro de la lógica ^(b) una significación universal de las no-respuestas consideradas como respuestas *per se*: las no-respuestas particulares se funden entonces todas en una sola como otras tantas actualizaciones contingentes de una misma propensión generalizada a callarse, de un mutismo global. En este caso se reconoce que dicha propensión se distribuye socialmente de una manera desigual, puesto que toda encuesta lo muestra, pero se analiza la no-respuesta como si tuviera siempre la misma significación, en todas las circunstancias y en cualquier grupo, como si fuera el resultado de una misma actitud, de una misma «respuesta». Entre la ausencia de «interés» (o de «motivación»), la falta de «competencia» o de reivindicación de competencia), y la fuerza mecánica de una «censura» genérica, se reparten lo esencial de los esquemas conceptuales que sostienen esta interpretación de las no-respuestas en el discurso de una comprensión psicológica. Así aparece la inteligibilidad que procuran conceptos que deben su generalidad psicológica al hecho de «funcionar» en cualquier oportunidad, es decir, de sugerir un sentido plausible por fuerza intrínseca, independientemente de la severidad del control empírico: la empatía se complace fácilmente de este modo. Se puede dudar de que dichos conceptos inviten a diversificar la presentación de pruebas o a multiplicar las ope-

raciones de comprobación de la interpretación. ¿Para qué molestarse en examinar laboriosamente las no-respuestas o obligarse a diversificar las aserciones con los pies en la tierra sobre los silencios cuando uno cree divisar la Idea de la No-respuesta inscrita inteligiblemente en la esfera de la Brújula como un arquetipo del Silencio en el cielo del Cuestionario?

Así no es raro ver al sociólogo que parte a la búsqueda de una significación general de las no-respuestas contentarse con muy poca cosa: el control estadístico de relaciones de respuestas con no-respuestas se detiene ante la primera huella de significación, por ejemplo, a partir del momento en que el cruce del índice de no-respuestas (calculado para cada sujeto en el conjunto de las preguntas) con algunas «variables independientes» de la muestra (sexo, edad, status o clase social) propone un esquema «comprensible» de la variación del interés (o de la competencia, o de la propensión a verbalizar, etc.). Naturalmente ello implica suponer arbitrariamente la equivalencia de toda no-respuesta, independientemente de la pregunta que se haya eludido. E incluso, en último término, supone la unidad y la ubicuidad, en todo proceso de interrogación, de una pregunta implícita, siempre la misma, que se referiría al deseo de responder como si éste fuera siguiendo como su propia sombra a cada pregunta de las comprendidas en un cuestionario, o a todo cuestionario ¹.

Volvamos al otro caso (a), cuando se someten a un análisis *ad hoc* sólo algunas preguntas. Para parecer convincente, sin riesgo mayor a prueba del contrario, basta con limitar el control de la interpretación a la comprobación parcelaria del paralelismo o de la disparidad entre ciertas distribuciones de respuestas y no-respuestas, obtenidos por el cruce con algunas «variables dependientes» elegidas *a priori*. Por ejemplo, una encuesta revela de ese modo que la jerarquía de las preguntas acerca de diversas actitudes «desviantes» o que se mantienen «secretas», que los entrevistados de una muestra a los que se ha preguntado si las consideraban «molestas» o «indiscretas» para los demás, es similar a la de los índices de no-respuestas a las diferentes preguntas de hechos que se referían a los comportamientos de los propios entrevistados en esos mismos ámbitos. Se debe en ese caso comprobar, y efectivamente se comprueba, que el índice de no-respuestas a la declaración de cada uno de los comportamientos evocados es siempre superior, en la categoría de sujetos que han respondido a la pregunta correspondiente que dicho comportamiento les parece molesto para los demás. En cuyo caso, no cabe duda de que, al contrario de lo que ocurre en la mayor parte de las encuestas, las no-respuestas a las preguntas de hechos recogen, esencialmente, no al conjunto de los no-practicantes como ocurre, casi siempre, sino al sub-conjunto de aquéllos que tienen un comportamiento

¹ En sociología electoral se sabe que la abstención no puede considerarse como un voto a favor del partido "clandestino" de los abstencionistas. La significación del voto por un partido "visible" es ya heterogénea, puesto que está en juego una clase amplia de enunciados, es decir, todos aquellos que las diversas categorías de electores que votan puedan formular al aprobar un programa o apoyar a un candidato. Pero, sin programa y sin candidato, el voto abstencionista enuncia todavía más cosas, o sea, todas las que podría decir el sociólogo que pudiera comparar la composición de los conjuntos de abstencionistas, de un escrutinio al otro, según lo que esté en juego en cada caso, y a través de las diferentes esferas geográficas que permitan distinguir la estructura de la información electoral.

en esos ámbitos, pero que lo acompañan de un sentimiento o vergüenza, confesándolo al descargar sobre los demás ese sentimiento. Resultados de este tipo, muy concretos y de alcance muy limitado, son tan satisfactorios que invitan a que se les tome por auto-suficiente: la evidencia psicológica de la significación dispensa demasiado fácilmente de proceder a nuevos cruces de variables que revelarían sin duda la intermitencia de los paralelismos o la alteración de las estructuras parciales a través de grupos delimitados por las variables independientes, de ámbitos delimitados por las variables latentes o de situaciones de uso de la palabra instauradas por las formas de interrogación.

Es decir, que en materia de interpretación de los silencios, el *análisis sinóptico* conduce con demasiada frecuencia a limitarse a lecturas cursivas de algunas distribuciones marginales de no-respuestas o de índices de no-respuestas en el espacio de los principales grupos socio-culturales, mientras que el *análisis centrado* de una estructura de no-respuestas tiende siempre a desvincular el nudo de variaciones por el que se interesa momentáneamente el sociólogo, quizás porque al ampliar el contexto de la variación se daría a las comprobaciones un sentido más «seguro», pero, probablemente, al mismo tiempo, más heterogéneo, es decir, menos susceptible de enunciación rápida y brillante. Dicho de otro modo, la interpretación de las no-respuestas se ve amenazada por dos peligros. *El intuicionismo*, primero, al encontrar en el silencio de los entrevistados una incitación permanente a excesos, y es el talante del sociólogo sus mejores razones para la interpretación. Pero también, no lo olvidemos, *el operacionalismo* que, por el simple hecho de someter a reglas operativas un análisis de datos, tiende siempre a encerrar a la interpretación en los límites trazados momentáneamente por las operaciones pendientes y, de este modo, al olvidar cualquier otro contexto, a transformar la reglamentación de la comprobación en frontera que la enunciación no puede sobrepasar.

En toda aserción sociológica se corre un riesgo hermenéutico, naturalmente, puesto que aquélla se halla condenada por los condicionantes propios de la situación de observación histórica y por las características conceptuales del lenguaje de descripción que esta situación implica. Ese riesgo consiste en tener que formular dichas aserciones en el lenguaje de una interpretación por analogía al tratar de enunciar un hecho empíricamente como robado, por muy limitado que sea su ámbito (sin llegar a ser, claro está, estrictamente singular, esto es, sin proceder exclusivamente por «nombres propios» y «acontecimientos» —«*occurrences*»—). Precisamente la interpretación de correlaciones como las que vinculan las no-respuestas con otras distribuciones de propiedades está particularmente expuesta a lo arbitrario de la intuición: la interpretación tiene que proporcionar a partir *de sus propios recursos* todo lo que contiene la enunciación que trata de describir un hecho como el de la «abstención». Esta propone a la descripción una realidad que es siempre menos condicionante que la de aquellas situaciones en que el entrevistado se ha dejado sonsacar un enunciado, o, por lo menos, consentimiento o denegación. Desde luego, la interpretación no se encuentra ausente de ningún enunciado que dé una «descripción» (*Abbildung*) de un «estado de cosas» (*sachlage*): si el neopo-

sitivismo de Wittgenstein lo niega, el de Popper lo admite². Pero cuando el «estado de cosas» está constituido por las respuestas efectivamente recogidas por un cuestionario, la interpretación no tiene que constituir enteramente, para poder enunciarlo, el sentido de la descripción: la respuesta efectivamente proporcionada por el entrevistado a una pregunta forma parte —en tanto que enunciado que describe una realidad, ya sea ésta de comportamiento o verbal— de la realidad descrita. Una respuesta declarada, es por lo menos la aserción, la opinión o la valoración del entrevistado: es un hecho (*Tatsache*) que «ha respondido así», por lo menos ha dicho sí o no a una pregunta formulada de una determinada manera. *A contrario*, se puede imaginar fácilmente la carrera enunciativa que ofrece al vagabundeo de la interpretación el silencio de la no-respuesta: ningún enunciado del entrevistado resistirá con su materialidad mínima las licencias de la enunciación por procuración. El sociólogo estará siempre bajo la tentación de formular por su cuenta, cosa que podrá justificar por el silencio del entrevistado, la pregunta implícita a la que habrá respondido éste al no responder a la del cuestionario.

Controlar la interpretación significa, pues, siempre multiplicar las comprobaciones multidimensionales, relacionar empíricamente aún más, en una palabra, *reforzar la exigencia de comparación* cuando se trate de afirmar algo sobre el sentido de las no-respuestas a un cuestionario. No hay ninguna razón para que las «modalidades» de respuesta explícitamente formuladas sean las únicas que se consideren dignas de análisis complejos, por ejemplo, de cruces n-tuples (por lo menos dobles o triples), y no se haga lo mismo con las no-respuestas. Una no-respuesta es necesariamente más rica en dimensiones múltiples que una alternativa de respuesta explícita, puesto que, al confundir razones diferentes para callarse, confunde grupos y enunciados diferentes. Para demasiados sociólogos, el silencio a las preguntas que plantean parece descalificar, en un rebaño de bárbaros, a los entrevistados silenciosos: se les pone fuera de porcentaje, se les trata en distribuciones o en función de índices apresurados, o se les arrincona en notas o en apéndices. Para qué podrá servir la curiosidad sociológica si no indujera a encontrar la heterogeneidad que se oculta detrás de la falsa homogeneidad de una «modalidad» como la no-respuesta, simple efecto de la incapacidad de un lenguaje para funcionar como descriptor de todos los aspectos de una realidad. Resignarse a la existencia muda de una categoría que no entra en ninguna categoría es ceder ante la pereza constitutiva de todas las sociologías negativas. Desde luego, la no respuesta no es una alternativa como las demás, pero tampoco una modalidad menor o una no-modalidad: es el lugar de encuentro y de confusión de todas aquellas alternativas de respuesta que la formulación de una pregunta o el lenguaje de una interrogación excluye de hecho o de derecho. La tarea de disociar a los grupos que esta modalidad confunde no se presenta sin interés más que para los que se imaginan que el interés de los problemas que ellos se plantean en cuanto a la realidad es tan grande que agota todo aquello que se pudiera describir. Desde luego, no es difícil reconocer —salvo si se supone,

² El texto utiliza aquí los términos de la epistemología de WITTGENSTEIN para referirse a la tesis fundamental del *Tractatus Logico-philosophicus* (cf., particularmente, las proposiciones de rango 1, 2, 3). POPPER discute dicha tesis a lo largo de *The Logic of Scientific Discovery*, London, 1968 (NDT).

con mucho optimismo, que el lenguaje que utiliza la descripción de realidades históricas es perfectamente «protocolario» (en el sentido de Carnap)³— que un lenguaje articulado con las categorías y desgloses de la realidad de las preguntas de un cuestionario, sólo puede describir una realidad más pobre en relaciones que las descripciones que excluye por las omisiones de la interrogación o por el silencio de las respuestas.

Controlar la interpretación significa, por lo tanto, también que la comparación para autorizar la enunciación de una significación de las abstenciones, no ha de basarse únicamente en los recursos de un análisis multidimensional de la información, como el que opera, por ejemplo, «el análisis multivariado» o incluso «el análisis factorial de correspondencias». Para aportar un contexto a estas operaciones técnicas, ha de ponerse en juego una *variación de situaciones de interrogación o de habla* que no se dejará incluir en tipologías, en lo que se refiere a las categorías sociales que han suministrado entrevistados a una muestra, más que si se la ha sometido previamente a otras técnicas de descripción diferentes del cuestionario: entrevistas grabadas, observación, análisis de producciones verbales o documentos. Nunca se evitará, para sacar enunciados de la información recogida por un cuestionario, la necesidad de consultar otras fuentes de información: el análisis secundario se impone inevitablemente como el único medio de reconstituir gamas, series, cuasi-protocolos. El cuestionario que se basa en un empleo estandarizado del lenguaje, es el instrumento menos adaptado al estudio de los efectos del lenguaje y de la relación con el lenguaje. Por su léxico, sus desgloses, sus esquemas de aserción y sus valoraciones implícitas, tanto el lenguaje del que formula las preguntas como el del que responde (y el del que no contesta) ponen en acción una teoría de la descripción de las cosas, puesto que así ocurre al mismo tiempo con el lenguaje docto y con el lenguaje común⁴. Nada es menos sorprendente que el que nunca venga «dado» el sentido de las respuestas y de las no-respuestas, puesto que se sitúa en la línea de encuentro de dos descripciones, la del cuestionario y la del entrevistado, ocurriendo en no pocas ocasiones que se encuentren sólo fortuitamente. Que le contesten o que no le contesten, el entrevistador cree con demasiada facilidad que se le contesta a la pregunta que él ha formulado, cuando no se imagina incluso que es a la que él se planteaba o, más aún, a la que se plantea «objetivamente»: prueba de ello son las fluctuaciones diferenciales, las presbicias y las miopías de las estimaciones hechas apoyándose en «cuantificadores vagos», que se refieren a objetos de interrogación cuya definición se redefine continuamente según el lugar que ocupa la pregunta, las proximidades de palabras o el ritmo del cuestionario, factores que introducen perturbaciones ilustradas hasta la saciedad por la metodología. Sólo una tipología que se apoye en amplios conjuntos de observaciones culturales e históricas, incluso de gran disparidad, puede permitir ordenar, al menos aproximadamente, este universo de variaciones en el que palabras y silencios no significan nunca lo mismo, según las épocas, los grupos, las situaciones de habla, las formas de interrogación y los objetos de discurso. No se puede hablar

³ Se refiere el texto aquí a la teoría de los «enunciados protocolarios» de NEURATH y de CARNAP: cf. CARNAP, en *Erkenntnis* 2, 1932, «These der Metalogic» (NDT).

⁴ Se trata de la tesis clásica de POPPER, en *Logic of Scientific Discovery*, op. cit., cap. III (NDT).

de no-respuestas a un cuestionario sin que observaciones exteriores al cuestionario den derecho a decir algo sobre lo que hablar significa para los sujetos de los que se habla.

Toda tentativa de interpretación de las no-respuestas, por muy limitada que sea su ambición, debe, pues, dar algunos pasos hacia una doble referencia. Primero, referencia al conjunto de la situación de interrogación que instaura el cuestionario, y, en todo caso, al cuestionario como conjunto. Es necesario llegar a un mínimo de *tratamiento sinóptico*. Y después, referencia a la influencia del lenguaje en la formulación de preguntas y respuestas. Para ello, es necesario poner en juego hipótesis tipológicas sobre las funciones y los mecanismos sociales del lenguaje, para construir las comparaciones y orientar la interpretación de los resultados, dando a la interpretación de las configuraciones del silencio una *figura sociológica*. Sin duda existen fundamentos de orden «psicológico» en los silencios; pero sería vano intentar objetivarlos en una descripción de la realidad comportamental a través de instrumentos específicos de la observación sociológica. Los silencios sociales —o si se prefiere, la distribución social del silencio— no se pueden explicar sino por lo social, es decir por la distribución de otras propiedades sociales.

«El juego de la precisión y del silencio» y «La gestión social de los silencios», los dos estudios que se publican a continuación, se orientan en efecto en esa doble dirección. Al estudiar la relación entre dos variables en los diferentes sub-conjuntos de sujetos delimitados por una tercera variable, el primer texto utiliza el método del análisis multi-variado para someter a prueba una hipótesis clásica sobre las relaciones de la «legitimidad cultural» y el uso del lenguaje. Este estudio muestra que la distribución de una serie de no-respuestas puede ser útilmente comparada, en diferentes clases de sujetos, con diferentes grados de precisión, en la memorización cultural, tal y como ésta se revelaría en las respuestas a una pregunta semi-abierta. La gama de comprobaciones que engendra el cruce de estas dos «precisiones» de lenguaje (P_1 , grado de evitamiento del silencio en un ámbito cultural, y P_2 , grado de organización de la verbalización en ese ámbito) se pueden relacionar, naturalmente, con una tipología, ya estudiada en otros trabajos, de las actitudes sociales de cara a la «cultura legítima». La erudición o el silencio, no se asocian de la misma manera en las diferentes clases sociales con el interés o el desinterés cultural, perfilándose así nuevas figuras en el *ballet* de la legitimidad cultural. El enfoque del segundo estudio es también doble: somete una hipótesis tipológica inspirada en Goffman a una amplia gama de comprobaciones susceptibles de engendrar sub-hipótesis, comprobables también con el mismo material, en cuyo trayecto se aceptan riesgos de hallar estructuras de datos con poder «falsificador». Una vez sociologizada con referencia a un modelo cultural de la protección de lo «privado» y de lo más familiar, modelo que regiría al mismo tiempo una representación del cuestionario y de la interrogación sociológica como divulgación social y como amenaza, la hipótesis del papel que desempeña en ciertas categorías sociales una «censura» defensiva en la aparición de no-respuestas, e incluso de no-respuestas a preguntas cuya respuesta conocen los sujetos, conduce a plantearse, a través del análisis secundario, una serie de problemas tocantes a diversos ámbitos y encuestas a partir de una red de interpretación única.

El análisis del inconsciente no es el único interminable. El análisis sociológico no acaba nunca de hacer decir a las comprobaciones más elementales —palabras, comportamientos— lo que éstas se ponen a decir al relacionarlas con otras comprobaciones, con la única condición de que exista algún terreno de comparabilidad entre ellas. El conjunto de estos caminos intrincados que se han de explorar es tan indefinido como el conjunto de co-acontecimientos («co-ocurrencias») históricos accesibles a la observación. Sin embargo, sometidos a este interrogante, los silencios no son menos locuaces que las palabras ni menos estructurados que los gestos puesto que, cuando se comparan entre ellos, tanto los unos como los otros pueden hacer aserción y diferencia, es decir, forma o deformación de figura.

II. EL JUEGO DE LA PRECISION Y DEL SILENCIO: ANÁLISIS DE UN EJEMPLO DE NO-RESPUESTAS A PREGUNTAS DE HECHO

Fernando Porto Vázquez

Bien habla quien bien calla.
Harto sabe quien no sabe si callar sabe.
Proverbios españoles

Presentamos en esta contribución¹ un ejemplo de análisis de no-respuestas a preguntas de hechos, y no a preguntas de opinión, como se suele hacer, para ilustrar observaciones más generales sobre el análisis y la interpretación de ese tipo de respuestas. A modo de introducción evocaremos el papel que tienen nociones como la de interés o la de competencia en los escritos sociológicos que se refieren a las no-respuestas. Al proponer fáciles soluciones a problemas planteados incorrectamente, esas nociones sirven demasiado a menudo para apoyar «explicaciones» cuyos fundamentos son o bastante falaciosos o sin mucho «interés» sociológico.

Los planteamientos sobre la naturaleza misma de las no-respuestas están bastante ausentes de los escritos sociológicos². La concepción, generalmente implícita, que se tiene de esas no-respuestas no rompe realmente con lo que parecen significar de una manera «espontánea». Ello nos conducirá a tratar de este aspecto del tema. Sin embargo, ya desde ahora, podemos destacar que las no-respuestas, al aparecer como respuestas «sin contenido» (explícito) alguno, son de alguna manera simples

¹ Muchos de los enfoques aquí expuestos constituyen una reflexión en torno a una experiencia en el análisis de datos orientada por una epistemología inspirada en los seminarios de J. C. PASSERON, director científico del G.I.D.E.S.

² Se suele evocar, por ejemplo, la necesidad de distinguir «sin opinión» y «no contesta», o «no sabe», etc. Este aspecto no será tratado aquí, pues se refiere a la transformación de no-respuestas en respuestas explícitas.

formas de contestar a determinadas preguntas. No sólo es erróneo, por consiguiente, desvincular las no-respuestas de las demás respuestas, sino que también lo es el compararlas sin preocuparte de aquella característica que las no-respuestas y las «respuestas con contenido» poseen en común, esto es, sin preocuparse del hecho que son todas ellas también *maneras de responder*.

Esta reflexión sobre el carácter formal de las respuestas obtenidas mediante cuestionarios, no es en absoluto «formalista», pues está relacionada con la utilización práctica de las no-respuestas en función de los objetivos del análisis de los datos, en base a una aplicación controlada metodológicamente. Con nuestro ejemplo, trataremos de mostrar concretamente que las comprobaciones sucesivas hacen aparecer un fenómeno de verbalización de los sujetos que contestan cuyo estudio concierne, al mismo tiempo, la comprensión de la estructura de los datos acopiados y la comprensión del objeto para cuyo estudio se ha emprendido la encuesta.

1. NO-RESPUESTA Y TIPO DE RESPUESTA

1.1. *Interés, competencia, no-respuesta*

Se suelen explicar las no-respuestas a un cuestionario o a una pregunta por el bajo *nivel de interés* que el tema al que se refiere el cuestionario o la pregunta suscita entre la población de la muestra solicitada para responder.

Cabe preguntarse cómo una variable de este tipo puede ejercer una acción tan uniformemente eficaz, a través de situaciones de encuesta muy diferentes y en cuanto a temas de encuesta tan distintos como, por ejemplo, el de un cuestionario acerca de las intenciones de voto, de la cota de popularidad de un hombre político, de la actitud de la población indígena con respecto a los trabajadores extranjeros inmigrados en el país, de la pena de muerte, de los derechos de la mujer, del nivel de conocimientos del público en general en cuanto a una disciplina como el psicoanálisis, de un comportamiento cultural cualquiera, etc. El simple hecho de formular este interrogante suscita ya de entrada serias dudas sobre el contenido sociológico de este principio de explicación. Su única constante, cada vez que se establece una relación entre la noción de interés y no-respuestas surgidas en situaciones tan dispares, parece en efecto encontrarse en su carácter indefinido, sólo disimulado por las íntimas relaciones que tiene ese principio, precisamente por esa indefinición, con la noción «sin fondo» de *motivación*.

Se apela también a veces a la variable de *competencia*, que no trae consigo menos ambigüedades que la de interés, puesto que nunca se nos precisa, cuando una correlación aparece entre aquélla y la tasa de no-respuestas a una pregunta, si hay que entenderla a partir del sentido de *competencia técnica*, es decir, de nivel de información que el sujeto que responde posee en cuanto al objeto de la pregunta, o si hay que entenderla en el sentido de *competencia social*, es decir, de nivel de autoridad del que ego puede sentirse portador al abordar dicho tema, por la posición social que ocupa. No se sabe por consiguiente si la relación debe interpretarse como sigue: a) «los que hablan puede hablar porque conocen el tema del

que se les invita a hablar», lo que no constituye en cualquier caso más que un «hallazgo» del que podremos estar siempre seguros por adelantado en toda encuesta; o si hay que interpretarla más bien en el sentido de que *b*) «aquellos que hablan lo hacen porque creen tener derecho (u obligación) estatutaria de hablar». Esta segunda interpretación de la correlación entre no-respuestas y competencia mucho más seductora desde el punto de vista sociológico, podría ser tomada en serio, cuando alguien la afirma abiertamente, si se comprobase que dicha correlación subsiste al considerarla en la sub-población de la muestra constituida por los sujetos clasificados como poco competentes en el primer sentido de la noción. En el seno de esta sub-muestra tendrían que destacarse entonces aquellos sujetos cuyo *status* se supone que ha de llevarles a una mayor extroversión, aun a costa de una incoherencia en las respuestas que el cuestionario tendría que poder captar. Si la demostración no llega hasta esa fase, no nos queda más remedio que pensar que el que habla demasiado para lo que sabe es el sociólogo que se contenta con hacer la «demostración» en el sentido de la interpretación *a*), pero que nos pide que entendamos la correlación entre no-respuestas y competencia en el sentido de la interpretación *b*), basándose en que en sociología difícilmente se pueden separar los dos sentidos de esta noción.

El verdadero círculo vicioso al que no pueden dejar de conducir estos tipos de utilización de las no-respuestas que consiste en proponerse el análisis de éstas esencialmente en función de su «explicación», en tanto que algo *evidente*, auténtico y claro en su significación, surge brutalmente en ciertos trabajos, en donde la tasa de no-respuestas aparece, unas veces como indicador del interés por el tema de la pregunta o de la encuesta, y otras como indicador de la competencia misma, después de haber sido «explicada» a su vez por esas mismas variables³.

Todos estos enfoques de las no-respuestas se derivan de una tendencia que consiste en ver en la propensión a no contestar, independientemente de la pregunta o del cuestionario, *modalidades equivalentes de respuesta* y conducen a condenarse a tener que analizar estas no-respuestas como respuestas a una misma pregunta, postulando además que dicha pregunta se encuentra implícita en todas las preguntas y en todos los cuestionarios. Algunas veces no se teme dar un paso más e ir más lejos dándole el nombre de «interés».

Al enfocar así el tema de las no-respuestas se ignora algo tan importante como la manera misma en que la no-respuesta se produce. Y también que se trata precisamente de *una modalidad de respuestas*, o sea, de una de las maneras de reaccionar que pertenecen al sub-conjunto de reacciones que un cuestionario puede extraer del conjunto de todas aquellas que un sujeto que responde pueda tener ante una pregunta muy concreta que se le formula de una manera bien determinada. Una no-respuesta, como las demás modalidades de respuesta, *no puede considerarse por consiguiente como independiente, ni de la relación de ego al tema de la pregunta ni de la actualización de dicha relación en situación de encuesta*. Recordar este principio no entraña en absoluto que se esté defendiendo la posición de no

³ El estudio de D. GAXIE, *Le sens caché: inégalités culturelles et ségrégation politique*, París: Le Seuil, 1978, que utiliza sobre todo datos de encuestas de opinión política, realizadas en países diferentes, hace uso abundante de este "razonamiento" circular.

utilizar en ninguna oportunidad esta modalidad de respuesta, como se utilizaría cualquier otra, para la construcción razonada de variables a condición de que la pregunta a la que pertenece la no-respuesta, dadas sus características y dadas las características de la variable que se pretende obtener, autorice razonablemente dicha utilización como una dimensión de la nueva variable.

Partir de este enfoque hace comprender hasta qué punto es artificial y abstracto oponer globalmente y de una manera absoluta la no-respuesta a todas las demás alternativas de respuesta, como tendremos oportunidad de analizarlo en la última parte de esta contribución. Por otra parte, considerar este razonamiento para abordar el tema del análisis de las no-respuestas obliga, del mismo modo, a plantearse el problema de una manera concreta y específica para tratar los datos producidos por la administración de un cuestionario, y a rodearse de muchas precauciones a la hora de querer comparar no-respuestas (de la misma manera que cuando se quieren comparar otras alternativas de respuesta) a preguntas que traten de temas diferentes, sobre todo si estas preguntas pertenecen a cuestionarios distintos, o si estos cuestionarios, aun siendo similares por las preguntas que formulan, han sido administrados en situaciones demasiado desemejantes. Este enfoque no tiene sólo la incómoda propiedad de multiplicar las condiciones metodológicas para el tratamiento de las no-respuestas, sino que puede, por otra parte, evitar duros silogismos, como veremos con un ejemplo, y además contribuir a medir cosas cuya existencia se afirma tradicionalmente, pero que uno olvida con la misma facilidad tener en cuenta al poner a punto los instrumentos que recogen la información y sobre todo al ordenar y analizar los datos obtenidos.

1.2. *La precisión de las respuestas*

Cada vez que en función de una variable implícita se pueda localizar un ámbito determinado en un cuestionario cuyas preguntas pueden ser contempladas como otras tantas dimensiones de esa variable, se podrá establecer una tasa de respuestas a ese sub-conjunto del cuestionario que podremos considerar como índice-indicador de precisión en la respuesta.

Por ejemplo, en un cuestionario sobre la utilización del tiempo libre, dicho indicador podría calcularse considerando las preguntas que se refieren a la frecuentación de espectáculos, o las que se refieren a los gastos realizados por ego en cada ocio oneroso indicado. Así, según que se haya contestado más o menos completamente al sub-conjunto del cuestionario delimitado de esa manera, se considerará que un sujeto ha contestado con mayor o menor precisión a esa parte del cuestionario. *Podremos llamar a la precisión así definida, precisión P_1 .*

El modo en que se ha formulado una pregunta permite a menudo definir en las respuestas que ésta recoge *otro tipo de precisión, que podemos llamar precisión P_2 .* Este consiste en medir la manera en que una respuesta aporta un grado de información más o menos alto acerca del objeto de la pregunta formulada. Todas las preguntas que poseen un mínimo de «apertura» permiten generalmente clasificar las respuestas correspondientes según su valor en P_2 , si decidimos crear esta escala en la fase de elaboración del código, claro está. Así, para contestar a una pregunta

que se refiere a lo que uno hizo durante la tarde del pasado domingo, el sujeto puede limitarse a decir: «me quedé en casa»; pero también podría ser más preciso en el sentido de P_2 : «me quedé en casa viendo la TV»; o incluso más todavía: «me quedé en casa para ver tal película en el segundo canal», etc. P_2 tomaría valores, en orden creciente de la precisión de las respuestas, del siguiente tipo:

$P_2=0$: No-respuesta (no contesta, no se acuerda, etc.).

$P_2=1$: Declara haberse quedado en casa o haber salido, sin más precisión.

$P_2=2$: Declara haberse quedado en casa o haber salido, designando la razón de una manera poco precisa («salí para ver una película», «me quedé en casa viendo la TV», etc.).

.....
 $P_2=n$: Declara haberse quedado en casa o haber salido o indica con precisión lo que hizo esa tarde, el interés que lo hecho tenía para él y las circunstancias de la participación a ese ocio concreto («hacía tiempo que mi mujer y yo teníamos ganas de ver una película de ese Fellini del que tanto se habla, y aprovechamos para salir de casa»).

Como se puede ver en este ejemplo, cada modalidad de P_2 resulta de la agregación de respuestas a contenidos informativos distintos, e incluso opuestos, pero que poseen en común una *estructura formal equivalente*⁴ desde el punto de vista del grado de precisión que transmiten sobre el objeto de la pregunta formulada.

Si estos dos tipos de precisión en la respuesta pueden construirse al tratar los datos de un cuestionario (y se podrán construir en muchos casos si nos sensibilizamos a estos problemas y lo tenemos en cuenta, tanto al elaborar el cuestionario como al imaginar el código correspondiente) nos permitirán estudiar por ejemplo el fenómeno, que tiene tanto interés en sociología, de la influencia que ejercen en las respuestas dadas por los sujetos que contestan las relaciones de éstos con el objeto al que se refieren las preguntas que se les hacen. En efecto, por P_1 y P_2 obtenemos simultáneamente la propensión a contestar a las preguntas que se refieren a un determinado tema y el modo en que los sujetos que contestan *precisan* y *verbalizan* sus comportamientos en este ámbito, teniendo en cuenta la situación de encuesta. Ello debería permitir evitar esa separación artificial entre respuesta y no-respuesta, cuyo extremo volveremos a tratar en la última parte del artículo.

Como hemos indicado ya, las no-respuestas son modalidades de respuesta a preguntas precisas que pertenecen a cuestionarios concretos. Para ilustrar mejor lo que tratamos de exponer, sin contradecir este principio, nos apoyaremos en un ejemplo: se trata de un cuestionario sobre los libros y las lecturas de libros en el que se invitaba a la población de la muestra⁵ en ocho ocasiones a proporcionar el

⁴ Esta clasificación de las respuestas según P_2 hace desaparecer la "ruptura" entre respuesta y no-respuesta, poniendo de relieve la proximidad a la no-respuesta de un conjunto de "respuestas".

⁵ Contemplaremos únicamente, para que la población sea más homogénea y simplificar nuestro análisis, la submuestra de sujetos que son profesionalmente activos y que han leído por lo menos un libro durante las vacaciones. Esta muestra resultante se compone de:

título y/o el autor, o, a falta de ello, el género de pertenencia de un libro leído, prestado, comprado, etc., en un contexto u otro. Se pueden, pues, definir sin dificultad P_1 y P_2 de la siguiente manera:

$$P_1 = \frac{\text{Respuestas dadas por un sujeto: ocho como máximo posible}}{8 - (\text{preguntas sin objeto para ese mismo sujeto})}$$

P_2

- = 0: No-respuesta.
- = 1: Contesta dando el género del libro únicamente.
- = 2: Contesta dando el autor del libro únicamente.
- = 3: Contesta dando el título del libro únicamente.
- = 4: Contesta dando el autor y el título del libro.

En este ejemplo, P_2 se midió sólo en una de las ocho preguntas. Se trata de la pregunta siguiente: «Si usted ha leído, durante las últimas vacaciones de verano, uno o varios libros, ¿cuál es el género de libros que ha leído sobre todo? (Precise, si le es posible, indicando un autor y/o el título)». La formulación de la pregunta con la atenuación («precise si le es posible») muestra que P_2 mide efectivamente en este caso en las respuestas proporcionadas por los sujetos la propensión a contestar con mayor o menor precisión al ruego que se les hace en la pregunta de indicar un libro leído durante las vacaciones.

2. EL SENTIDO DE LOS DOS SENTIDOS DE LA PRECISIÓN

2.1. *Decir qué se lee... decir cómo se lee*

¿Se debe rechazar totalmente cualquier utilización de la noción de interés? Naturalmente que no. Ahora bien, al usarla hay que definirla, como las demás variables, claramente, apoyándose en indicadores empíricos bien determinados, para no abandonar su significación a aquella zona semántica que se encuentra cargada de tantos sentidos diferentes como de experiencias intra-subjetivas existen de eso que llamamos corrientemente «motivación». Por otra parte, y para evitar también la indefinición con que se suele tratar las no-respuestas, que nunca es tan grande como cuando se añade la de la noción de interés, hay que considerar primero hasta qué punto su uso destinado a «explicar» de una manera simple las no-respues-

55 sujetos pertenecientes a las "clases populares":
27 hombres + 28 mujeres
52 sujetos pertenecientes a las "clases medias":
26 hombres + 26 mujeres
47 sujetos pertenecientes a las "clases altas":
26 hombres + 21 mujeres

Esta encuesta fue realizada en febrero de 1980, en el marco del G.I.D.E.S., por Patrick PARMENTIER y Fernando PORTO VÁZQUEZ, entre lectores asiduos inscritos en los registros de las bibliotecas públicas francesas (N = 302).

tas conduce a evidencias tan poco sociológicas que en realidad ocultan la significación profunda de ese tipo de respuestas, y ello incluso cuando se haya intentado establecer una definición precisa del interés para no caer en la utilización de la noción bajo la forma ya criticada anteriormente.

Al definir simultáneamente los índices P_1 y P_2 de precisión en la respuesta, lo hacemos para tratar de evitar ese doble peligro. Cualquiera que sea, efectivamente, el indicador que se elija para medir el interés por el libro se comprueba siempre, y ello no debe sorprendernos, una relación positiva entre interés y *grado de respuesta precisa*, en el caso de los dos índices de precisión.

TABLA 1

*Precisión de las respuestas a las preguntas sobre libros leídos en función del interés por el libro **

Indicadores del interés	Precisión de las respuestas	
	(-) P_1 (+)	(-) P_2 (+)
Frecuencia (FRC) de lectura	(-) <u>55</u> 45	<u>43</u> 57
	(+) 35 <u>65</u>	36 <u>64</u>
Presupuesto para libros	(-) <u>60</u> 40	<u>48</u> 52
	(+) 32 <u>68</u>	32 <u>68</u>
Uso social de la lectura	(-) <u>52</u> 48	<u>42</u> 58
	(+) 40 <u>60</u>	37 <u>63</u>

* En este cuadro, y en los sucesivos, hemos subrayado gráficamente la tendencia más fuerte de cada columna para facilitar una lectura rápida de los datos en función del razonamiento que los acompaña.

Pero volvamos a la significación de P_1 y de P_2 para tratar de ver en qué medida estos índices-indicadores pueden ayudarnos a rebasar ese «descubrimiento» trivial que aparece en el cuadro 1.

Para que alguien sea clasificado como sujeto que contesta precisamente, en el sentido de P_1 , este sujeto ha tenido que responder al máximo posible de preguntas en las que se le pide que cite el libro cuya existencia acaba de afirmar, independientemente de la precisión de cada una de sus respuestas en el sentido de P_2 . Sin embargo, al contestar afirmativamente, por ejemplo, a la pregunta de si ha comprado libros en el transcurso de los tres últimos meses, el entrevistado se encuentra ante una segunda pregunta en la que se le ruega que cite, con la mayor precisión posible, en el sentido de P_2 , el último libro que adquirió. La segunda pregunta formulada en ese contexto de interrogación no puede dejar de presentarse como una petición de confirmación, e incluso como un test de comprobación y de control de la afirmación anterior.

Cuanto más libros consiga citar un sujeto, más se afirma como lector, puesto que contesta con mayor frecuencia afirmativamente a las preguntas que pretenden saber si ego ha leído o no ha leído en tal ocasión: ahí se halla una de las dimensiones de su relación con el libro y con el valor social de la lectura, que mide P_1 . El test de comprobación de P_2 posee una significación distinta: como lo hace P_1 , el índice P_2 revela una relación con el libro que consiste en una aptitud para designar, para memorizar, para retener lo que se ha leído, y por tanto para poder decir todo lo que uno lee más o menos completamente, confirmando así que uno lee, y por consiguiente para poder afirmarse socialmente como *alguien que lee*, pero además P_2 es, y es esto sobre todo, un medio de observar una relación con la lectura, puesto que se refiere a la *manera misma de decir que se lee*, lo que indica una manera de leer. En efecto, al designar un libro que se haya leído por el título y/o el autor se indica que no se trata de una lectura hecha fortuitamente, sino que es de verdad *ese libro y/o ese libro de ese autor* el que se ha querido leer y no un libro cualquiera de tal género, y por consiguiente se afirma la relación de *lector sagaz y enterado* que se tiene con los libros que uno dice que ha leído ⁶.

Observando la mera relación entre P_1 y P_2 con la variable «interés por el libro» (tabla 1), se puede ver ya el comportamiento diferente de los dos índices de precisión que tienen un sentido distinto, como lo muestra la intensidad diferente, sistemáticamente inferior en el caso de P_2 , cualquiera que sea el indicador del interés con el que se mida dicha relación. Sin embargo, es evidente que hay una relación entre los dos indicadores de precisión, como se ve en primer lugar en el hecho de que la fuerza de la correlación varía en los dos casos de la misma manera, según los indicadores del interés. Y, en segundo lugar y más fundamentalmente, porque la relación lógica entre los dos índices en tanto que indicadores de «memorización» se comprueba en la tabla 2: cuanto más se muestra uno apto para retener un libro que se haya leído por los medios mnemotécnicos más económicos, o sea por su autor y/o su título, mayores posibilidades tiene uno de retener para su eventual movilización verbal un número importante de libros que se hayan leído, y ello independientemente de la frecuencia de lectura de libros (interés por el libro).

TABLA 2

Aptitud para citar muchos libros leídos, en función de la capacidad para designar con precisión cada libro leído y del interés por los libros

	Bajo nivel de interés	Alto nivel de interés
	FRC (-)	FRC (+)
	(-)P ₁ (+)	(-)P ₁ (+)
P ₂ (-)	62 38	48 52
P ₂ (+)	45 55	29 71

⁶: En una encuesta anterior, realizada por el G.I.D.E.S. (J. C. PASSERON y col., París, 1979), la clara correlación de este indicador (ya se trate de poner en juego la cultura de cine, ya la cultura libresco) con la pertenencia socio-cultural, había mostrado que se trata de un indicador sensible de la propensión de los sujetos a ostentar el valor cultural de sus comportamientos.

Mientras que P_1 mide en cierto modo una memoria bruta, una cantidad de libros que se han leído y que uno puede citar, P_2 , por su parte, observa los medios mnemotécnicos de los que se dispone para movilizar y actualizar en el momento de citarlas, las lecturas que se hayan hecho.

En lo que se refiere a la relación con el hecho de leer en tanto que comportamiento social legítimo y legitimador, P_1 capta la condición necesaria de dicha relación, o sea la de poder mostrar socialmente su condición de lector: uno lee y puede afirmarlo. Es evidente que si P_1 toma el valor límite cero, P_2 no puede definirse, carece de sentido, puesto que éste mide la manera en que aquella afirmación primordial se realiza, la legitimidad propia de aquella afirmación. Podemos decir que, de alguna manera, mientras que P_1 mide *la solicitud del status social de lector legítimo*, P_2 , al medir la legitimidad de la lectura, mide también la posesión de los medios sociales de que dispone esta solicitud, y al mismo tiempo la manera en que esta demanda se expresa, o, dicho de otro modo, P_2 se interesa por *la legitimidad de esta pretensión al status de lector legítimo*.

2.2. *Una memoria como las demás*

Teniendo presentes estas *diferencias en el sentido* mismo de los dos indicadores de la precisión en la respuesta, no es extraño que no se comporten de la misma manera según la pertenencia social de los lectores, como se puede ver en la tabla 3.

TABLA 3

Precisión de las respuestas a los títulos que se piden, según el grupo social de pertenencia

	$P_1(+)$	$P_2(+)$
Lectores populares	49	44
Lectores de las clases medias	67	58
Lectores de las clases altas	50	77

Cada grupo social no es portador de precisión en el mismo grado, según que se observe la precisión en el sentido de P_1 o en el de P_2 , y el grupo que más se destaca por su precisión no es tampoco el mismo en los dos sentidos de la precisión. Los dos indicadores miden efectivamente *cosas sociológicamente distintas*: mientras que las clases medias caracterizan bien la precisión en el sentido de P_1 (propensión a afirmarse como lector mostrándose capaz de citar muchos libros leídos), la relación con la lectura por la que se interesa P_2 (tendencia a citar los libros de que se habla de una manera precisa por el título y/o el autor y no sólo por el género de pertenencia) aparece por su parte mucho más vinculada a la pertenencia a las clases altas. Los lectores populares son los que menos frecuente-

mente hacen uso de la precisión P_2 , y, sin embargo, poseen casi en el mismo grado que los lectores de la clase superior la precisión en el sentido de P_1 .

Sabiendo que la relación a P_1 y a P_2 no es la misma según la pertenencia social, podemos preguntarnos sobre cuál es el efecto de un incremento del interés en cuanto a la precisión, teniendo en cuenta al mismo tiempo la pertenencia social de los lectores.

TABLA 4

Pertenencia social, interés por los libros y precisión de las respuestas a las preguntas sobre los libros leídos

		(-) P_1 ((+))	(-) P_2 (+)
c. POP.	FRC (-)	67 33	46 54
	FRC (+)	33 67	73 27
c. MED.	FRC (-)	32 68	52 48
	FRC (+)	34 66	33 67
c. ALT.	FRC (-)	62 38	33 67
	FRC (+)	38 62	10 90

Si se observa en la tabla 4, considerando el conjunto de los lectores pertenecientes a cada grupo, la relación entre interés y precisión P_1 se advierte un incremento del grado de precisión de los sujetos populares y de clases altas, pero una correlación casi nula, e incluso tendencialmente negativa, en el grupo de los lectores de clases medias. Pero, en lo que se refiere a la precisión en el sentido de P_2 , esta relación presenta otra figura: es positiva en el caso de los lectores de clases altas como en el de los lectores de clases medias, pero la relación se vuelve francamente negativa en el grupo de lectores pertenecientes a las clases populares.

Si contemplamos solamente los lectores que más leen, las tasas de respuesta (precisión en el sentido P_1) mayores, y por tanto la mayor precisión, pertenecen a los lectores populares, mientras que si se observa el conjunto de los lectores que menos leen, según el mismo índice de precisión, los más precisos son entonces los lectores que pertenecen al grupo de las clases medias. La precisión P_2 es siempre mayor en el grupo de lectores pertenecientes a las clases altas.

Los datos de la tabla 4 muestran perfectamente que la relación general que parecía traducir la estructura de la tabla 1 ocultaba un efecto del interés sobre la precisión a veces contradictorio, en todo caso siempre propio de cada grupo social de pertenencia. Para los sujetos de las clases altas, la relación es positiva en los dos casos, nula con respecto a P_1 (e incluso ligeramente negativa) y positiva con respecto a P_2 para los de las clases medias, francamente positiva y francamente negativa, respectivamente, en lo que se refiere a P_1 y a P_2 para los lectores pertenecientes a las clases populares.

He aquí la estructura de los hechos. Debemos preguntarnos ahora cuál es su significado.

Y, en primer lugar, cómo y por qué se produce ese efecto paradójico del interés por el libro sobre la precisión de las respuestas de los sujetos populares. Efectivamente, a pesar de que se observa una correlación entre frecuencia de la lectura y propensión a designar con precisión los libros que se han leído y que se citan (P_2) tan fuerte como la que se observa entre frecuencia de lectura y propensión a contestar a todos los libros leídos que se piden (P_1), puede parecer curioso que la misma variable ejerza influencias de signo perfectamente opuesto en los dos casos.

¿Hay que pensar que la «memoria» de los lectores populares no funciona como la de todos los demás lectores? ¿Se tendría que concluir, contemplando este hecho, que al contrario de lo que ocurre en lo que respecta a los lectores de los otros grupos sociales, los medios mnemotécnicos más económicos se revelan menos eficaces para los lectores populares? Aparentemente podría pensarse así, puesto que los lectores populares que leen poco «olvidan» títulos de libros que han leído, y no logran citar todos los libros que se les piden, y, sin embargo, al mismo tiempo dan respuestas muy precisas sobre los que citan, mientras que los lectores populares que leen mucho consiguen, al contrario, citar todos los libros leídos por los que se les pregunta, pero se muestran al mismo tiempo poco aptos para designar con precisión los libros que citan. Así parece encontrarse la paradoja, pues al tener en cuenta la correlación de la tabla 2 esperábamos una relación positiva entre los dos tipos de precisión observados.

TABLA 5

Eficacia de un tipo de precisión con respecto al otro, en función del interés y de la pertenencia social

		(-)P ₂ (+)	(-)P ₁ (+)
c. POP.	FRC (-)	33 67	54 46
	FRC (+)	60 40	0 100
c. MED.	FRC (-)	38 62	11 89
	FRC (+)	19 81	19 81
c. ALT.	FRC (-)	30 70	56 44
	FRC (+)	17 83	44 56

Se comprueba, sin embargo, gracias a los datos de las tablas 5 y 5 bis, que no es más que una relación aparente. En realidad, ocurre en parte lo contrario, el incremento de la precisión P_1 en el grupo de los lectores populares en función de la precisión en el sentido de P_2 es todavía más fuerte que el mismo incremento en el grupo de lectores pertenecientes a las clases altas (tabla 5) y por otra parte

se comprueba también que existe una correlación positiva entre los dos índices, independientemente de la frecuencia de lectura entre los lectores populares (tabla 5 bis). Se puede ver del mismo modo que estos datos muestran que el incremento de la precisión P_1 en el grupo de lectores populares en función del interés por el libro, se debe esencialmente a que los lectores que se muestran precisos en el sentido de P_2 , entre los que leen más, son todos al mismo tiempo precisos también en el sentido de P_1 .

TABLA 5 BIS

Relación entre los dos tipos de precisión, en función del interés por los libros de los lectores populares

FRC (-)	(-)P ₂ (+)	(-)P ₁ (+)												
P ₁	<table style="border-collapse: collapse; margin: auto;"> <tr> <td style="padding: 5px;">(-)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">53</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">47</td> </tr> <tr> <td style="padding: 5px;">(+)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">34</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">66</td> </tr> </table>	(-)	53	47	(+)	34	66	<table style="border-collapse: collapse; margin: auto;"> <tr> <td style="padding: 5px;">(-)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">73</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">27</td> </tr> <tr> <td style="padding: 5px;">(+)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">54</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">46</td> </tr> </table>	(-)	73	27	(+)	54	46
(-)	53	47												
(+)	34	66												
(-)	73	27												
(+)	54	46												
FRC (+)	(-)P ₂ (+)	(-)P ₁ (+)												
P ₁	<table style="border-collapse: collapse; margin: auto;"> <tr> <td style="padding: 5px;">(-)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">100</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">0</td> </tr> <tr> <td style="padding: 5px;">(+)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">60</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">40</td> </tr> </table>	(-)	100	0	(+)	60	40	<table style="border-collapse: collapse; margin: auto;"> <tr> <td style="padding: 5px;">(-)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">45</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">55</td> </tr> <tr> <td style="padding: 5px;">(+)</td> <td style="border: 1px solid black; border-right: none; padding: 5px; text-align: center;">0</td> <td style="border-left: none; padding: 5px; text-align: center;">100</td> </tr> </table>	(-)	45	55	(+)	0	100
(-)	100	0												
(+)	60	40												
(-)	45	55												
(+)	0	100												

A pesar de la desaparición de la impresión paradójica por la confirmación de la correlación positiva entre los dos indicadores de precisión entre los lectores populares, independientemente del interés que éstos tengan por el libro, no debemos olvidar que, como se ve claramente en la tabla 5, la eficacia de la precisión P_1 sobre el hecho de ser preciso en el sentido de P_2 no solamente no se incrementa sino que decrece cuando pasamos del sub-grupo de lectores que leen poco al de los grandes lectores, fenómeno que es de sentido contrario al que se observa en los demás grupos de lectores. Y ello sin que la relación deje de ser positiva, como lo hemos visto gracias a la tabla 5 bis.

No se trata, por tanto, de un «funcionamiento diferente de la memoria», sino más bien de una actitud, de un comportamiento distinto de los lectores de pocos libros y de los lectores que leen mucho, es decir de los lectores populares que se interesan poco y de los lectores populares que se interesan mucho por los libros, en cuanto a la precisión de las respuestas, diferencia de actitud que no es sino *la traducción de una relación singular de los lectores populares con la práctica de la lectura, visible a través del sistema de verbalización de dicha práctica* propio de este grupo social de lectores.

3. RESPONDER MUCHO Y RESPONDER «BIEN»

3.1. *Intensidad en el uso de la memoria y tipo de memoria que se usa*

El análisis simultáneo de los dos tipos de precisión nos recuerda una de las características de los hechos sociales cuyo olvido impide comprender tantas y tantas relaciones que la sociología estudia: cuando se miden comportamientos sociales *se observan estrechamente vinculadas aptitudes y actitudes*.

Todo parece indicar que en realidad los lectores populares «invierten» el sentido de los dos tipos de precisión. Cuando estos lectores, que pertenecen a un grupo social cuyo volumen de lectura es generalmente bajo, poseen además un volumen escaso de lecturas, afirman su calidad de lectores designando con mucha precisión los libros de cuya lectura se «acuerdan», independientemente de la intensidad de la memoria —para los dos valores de P_1 , P_2 es siempre más alto entre los lectores de FRC (—); cuando los lectores populares poseen un alto volumen de lecturas, el hecho de pertenecer a un grupo social, las clases populares, en el que la lectura es una práctica generalmente poco frecuente, les incita a confirmar su calidad de lectores «mostrando» el mayor número posible de libros que han leído, y ello independientemente de la precisión de la que son capaces a la hora de tener que designar esos libros que citan —para los dos valores de P_2 , P_1 es siempre más alto entre los lectores de FRC (+)—. Esta misma actitud explica también el hecho de que entre los lectores populares que tienen un volumen débil de lecturas la mayor parte de los que poseen por lo menos un tipo de precisión son exclusivamente precisos en el sentido de P_2 (44 por 100, contra 19 por 100 que son precisos exclusivamente en el sentido de P_1 , y 37 por 100 que son precisos en los dos sentidos de la precisión al mismo tiempo), mientras que en el subgrupo de lectores populares con un fuerte volumen de lecturas, y que poseen al menos un tipo de precisión, prevalecen ampliamente los lectores que son precisos exclusivamente en el sentido de P_1 (60 por 100, contra 0 y 40 por 100, respectivamente, precisos en P_2 y en P_1+P_2).

Esta actitud se oculta parcialmente tras el hecho de que, como se observa en la tabla 6, la capacidad para ser preciso en uno de los sentidos de la precisión depende de la aptitud para serlo en el otro sentido.

TABLA 6

Relación entre los dos tipos de precisión en función de la pertenencia social

	(-)P ₂ (+)		(-)P ₁ (+)	
c. POP.	P ₁	(-) 65 35 (+) 47 53	P ₂	(-) 59 41 (+) 41 59
	c. MED.	P ₁	(-) 71 29 (+) 28 72	P ₂
c. ALT.		P ₁	(-) 23 77 (+) 23 77	P ₂

La correlación que aparece entre los dos tipos de precisión, o sea, entre el hecho de designar con precisión los libros leídos que se citan (P_2) y la aptitud para decir bastante completamente todos los libros que se han leído, muestra hasta qué punto un bajo nivel de respuestas puede resultar de la costumbre de designar los libros que se leen por el género de pertenencia exclusivamente ($P_2=1$). Efectivamente, «retener en la memoria» un libro que se ha leído por medios mnemotécnicos que consisten en la caracterización del contenido del mismo (por ejemplo, en el caso de una novela, un resumen de la narración, o por ciertos rasgos de los personajes que protagonizan dicha narración), implica un riesgo mayor de olvido en razón del pesado procedimiento de memorización, y también de confusión, pues este tipo de memorización la favorece a la hora de actualizar el recuerdo de lecturas de libros de contenido estructuralmente similar (este riesgo es mayor cuando se suelen leer libros que pertenecen al mismo género). Ahora bien, como lo muestra la tabla 7, este hábito de designar los libros leídos es poco frecuente entre los lectores de las clases altas y, por el contrario, muy frecuente entre los lectores populares.

TABLA 7

Designación del libro por su género de pertenencia exclusivamente, según grupo social del lector, intensidad del uso de las lecturas en las conversaciones y precisión de las respuestas

		Intensidad del uso de las lecturas en las conversaciones			Poseción de, por lo menos, un tipo de precisión
		Escasa	Media	Fuerte	
Designación de los libros por el género	c. POP.	53	53 →	80	67
	c. MED.	36	44	44	77
	c. ALT.	31	32 ←	0	89

Se puede calificar de verdadero hábito el hecho de designar por el género los libros, puesto que este soporte mnemotécnico de las lecturas que se han hecho sirve tanto más frecuentemente para movilizar esas lecturas en las conversaciones sobre las lecturas de los lectores populares cuanto que dicha frecuencia aumenta cuando estos lectores hacen más frecuentemente uso de sus lecturas en sus conversaciones, al revés de lo que ocurre en el grupo social de los lectores pertenecientes a la clase alta (tabla 7). El encuentro de un tipo habitual de designación con un tipo de preguntas que *implica siempre una definición de los términos adecuados a la respuesta correcta*, términos que se alejan más o menos de los que se emplean habitualmente en cada grupo social, arroja una clara luz sobre la jerarquía de la precisión en las respuestas según los grupos sociales de pertenencia de los lectores tal y como puede establecerse por los resultados de la encuesta.

3.2. Leer, decir qué se lee y decir «bien» lo que uno dice que lee

Hemos visto, concretamente por el estudio del comportamiento de los lectores populares, cómo P_1 y P_2 , indicadores de precisión en la respuesta que se definen por referencia a la situación misma de la encuesta, lugar de emergencia de esas respuestas, captan la relación que los sujetos tienen con la práctica de la que trata la encuesta, a través de *los tipos de verbalización de esa relación* que dichos indicadores permiten detectar. Esos tipos de verbalización no descubren su sentido propiamente sociológico de tipos que son propios de grupos sociales determinados más que a condición de observar en qué, cada uno de ellos, es precisamente propio de un grupo y, por tanto, cómo esos tipos varían según los distintos grupos.

La mayor precisión de los lectores pertenecientes a las clases altas aparece si se mide por el hecho de que en ese grupo se encuentra no solamente el mayor número de lectores que poseen la precisión en el sentido del índice P_2 , sino por el de que en ese grupo se halla también el más fuerte porcentaje de lectores que poseen un valor positivo al menos con respecto a uno de los dos indicadores de precisión (tabla 7). Sin embargo, no hay que olvidar que ése no es el grupo de lectores más propenso a contestar más y, por tanto, a ser preciso en el sentido del índice P_1 , ni tampoco en el sentido más exigente de la precisión, es decir: cuando se comprueba la precisión en P_1 y P_2 , simultáneamente. En efecto, solamente el 39 por 100 de los lectores de las clases altas se clasifican positivamente en P_1 y P_2 al mismo tiempo, contra el 49 por 100 de los lectores de las clases medias y el 26 por 100 de los lectores populares⁷.

Ya consideramos la probabilidad de ser preciso separadamente para cada dimensión de la precisión contemplando el conjunto de los lectores del grupo, ya la midamos por la relación entre los dos tipos de precisión teniendo en cuenta únicamente aquellos que son precisos al menos en uno de los dos sentidos de la precisión (cf., respectivamente, tablas 4 y 5), o al contrario, aquellos que lo son en los dos sentidos simultáneamente, dicha probabilidad, al contrario de lo que ocurre en los demás grupos, y sobre todo en el de los lectores populares, se incrementa siempre en el caso de los lectores pertenecientes a las clases altas cuando consideramos esa medida en función del nivel de interés por el libro. Sin embargo, la relación privilegiada de este grupo de lectores con el tipo de precisión que capta P_2 (propensión a mostrar que se posee una manera legítima de leer) no desaparece en ningún momento, y puede ilustrarse también de una manera clara por el

⁷ Una vez más se observa hasta qué punto es abstracto establecer una frontera radical entre respuesta y no-respuesta, y por consiguiente querer encontrar propensiones psicológicas a abstenerse de contestar. En realidad bastaría con cambiar los criterios de comprobación de la precisión para modificar la jerarquía de las propensiones o responder de los diferentes grupos. Del mismo modo, la codificación según P_2 puesta como ejemplo al principio de este artículo, muestra que si nos interesamos por el contenido del ocio que ha ocupado a los sujetos esa tarde, tendríamos naturalmente

$$\text{No-respuesta} = (P_1=0 + P_2=1 + P_2=2)$$

Ahora bien, no sabemos *a priori* si esta suma no modifica la propensión a adoptar la modalidad no-respuesta que se había obtenido en base a la modalidad de respuesta $P_2=0$ únicamente.

bajo porcentaje de lectores de ese grupo que, poseyendo ya P_2 se esfuerzan todavía en ser precisos al mismo tiempo en P_1 (50 por 100, contra 84 y 59 por 100, respectivamente, de lectores de clases medias y de lectores populares), y, en sentido opuesto, por el hecho de que, entre el conjunto de lectores que poseen la precisión en el sentido de P_1 , los que pertenecen a las clases superiores son aquellos que se esfuerzan más por añadir a esa precisión la precisión P_2 (77 por 100, contra 72 y 53 por 100, respectivamente, de lectores de clases medias y populares).

Todo indica que los lectores que pertenecen a las clases superiores tienden a afirmar su legitimidad de lectores mostrando la legitimidad de su relación con la lectura, sin considerarse obligados a mostrar su calidad de lectores, yendo hasta «olvidar» mucho más frecuentemente que los demás lo que leen con tal de «decir bien» lo que dicen de lo que leen. El modelo de relación con la lectura subyacente a ese tipo de verbalización se traduce además por el hecho de que, como se puede ver en la tabla 6, las dos dimensiones de la precisión aparecen como independientes únicamente en este grupo de lectores. En efecto, ese cuadro muestra que para los lectores pertenecientes a las clases altas, independientemente de su capacidad para «recordar» todo lo que han leído, y por tanto independientemente de su propensión a mostrar todo lo que leen (P_1), lo que realmente cuenta es la «aptitud» para «decir bien» lo que dicen que leen, y por consiguiente la precisión en el sentido de P_2 . Aquellos que son precisos en este sentido tienden en este grupo de lectores, mucho más decididamente que en los demás, a desdeñar el ser precisos en el sentido de P_1 : al «decir bien» lo que leen se «olvidan» en último término hasta de decir que han leído e incluso de «que leen». En efecto, el 50 por 100 de los lectores de clases superiores que son precisos en el sentido de P_2 «olvidan» libros que han leído y por los que se les pregunta, mientras que solamente el 16 por 100 de lectores de clases medias y 41 por 100 de lectores populares están en el mismo caso.

Si contemplamos el perfil general de los dos modelos de relación con la lectura puestos de relieve a través de los tipos correspondientes de verbalización de esa relación, el que pertenece al grupo de lectores populares («inversión» del sentido de P_1 y de P_2) y el que pertenece al grupo de lectores de clases altas (propensión a desdeñar la precisión en el sentido de P_1 y a concentrar el sentido de los dos indicadores de precisión en P_2), la actitud ante las preguntas sobre los libros y las lecturas de los lectores pertenecientes a las clases medias, como se puede comprobar en la tabla 4, parece seguir un modelo compuesto y sincrético. Por una parte, los lectores de las clases medias que leen poco se comportan como los grandes lectores de las clases populares: alta propensión a citar muchos libros leídos y baja aptitud para designar con precisión los libros que citan. Los grandes lectores de las clases medias, por su parte, están más próximos, en lo que se refiere a P_1 , a los lectores de las clases altas que leen mucho, pero en lo que se refiere a P_2 aquéllos se comportan más bien como los lectores débiles de este grupo. Todo parece indicar, como se puede ver por los datos de la tabla 5, que P_1 , típica precisión de los lectores pertenecientes a las clases medias, es abandonada tendencialmente por los lectores de este grupo que leen mucho, quienes adoptan parcialmente la lógica de la verbalización típica de los lectores de clases altas al privilegiar P_2 , pero no lo

gran desvincularse, sin embargo, con la misma amplitud de la precisión en el sentido de P₁. Por su precisión superior en el sentido de P₂ los lectores débiles de las clases medias se distinguen de los grandes lectores populares, pero los lectores de las clases medias que leen mucho se comportan de una manera diferente a la de los lectores débiles de las clases altas por su fuerte propensión a no querer «olvidar» nada de lo que leen para «decir bien» que leen todo lo que dicen que leen.

Cabe preguntarse si no habría que imputar a *las variaciones de la relación más o menos culta con la lectura, es decir, de la competencia* en el primer sentido de la noción que hemos evocado al principio de este artículo, las variaciones del sistema de verbalización que los índices P₁ y P₂ nos han permitido observar. La respuesta es que no, como se puede comprobar comparando los datos de las tablas 8 y 4. Dichas variaciones conservan la misma estructura al neutralizar la variable competencia y medirlas en la población de la submuestra de sujetos que tienen una relación «cultura» con el libro y la lectura⁸.

TABLA 8

Pertenencia social, intereses por los libros y precisión de las respuestas a las preguntas sobre los libros leídos, de los lectores «cultos»

		(-)P ₁ (+)	(-)P ₂ (+)
c. POP.	FRC (-)	71 29	34 66
	FRC (+)	27 73	62 38
c. MED.	FRC (-)	19 81	50 50
	FRC (+)	29 71	27 75
c. ALT.	FRC (-)	43 57	21 79
	FRC (+)	37 63	6 94

La propensión a contestar y la propensión a dar un tipo de respuesta determinado forman por tanto un verdadero *sistema de verbalización* cuya estructura es ampliamente extranjera a principios simples como el de interés o el de competencia. Incluso cuando se comprueba ese sistema de verbalización entre sujetos que tienen una relación de sujetos cultos con la lectura (relación ésta que sabemos está más próxima socialmente de los lectores de clase alta) se observa que la calidad de «lector culto», con todas las reglas que implica de cara al libro y a la lectura,

⁸ Entendemos aquí por lector «culto» aquel que lee, con una frecuencia significativa, libros consagrados por las instancias más legítimas de la cultura legítima. En lo que se refiere a la relación entre cultura legítima e instancias de consagración de esta cultura, véase P. BOURDIEU, «Projet créateur et champ intellectuel», en *Les temps modernes*, núm. 246, noviembre 1966, págs. 865-906. Sobre las técnicas de codificación de los «niveles de legitimidad» de los libros leídos, cf. Apéndice 0, 2.º volumen (págs. 29-30) de *L'Oeil à la page*, J. C. PASSERON y col., *op. cit.*

no impermeabiliza a las condiciones sociales de la socialización, por la expresión verbal, de las lecturas (ni de las lecturas «cultas»), y se observa efectivamente cómo el grupo social de pertenencia y el tipo de práctica de la lectura siguen, aun en este caso, produciendo simultáneamente sus efectos.

4. UTILIDAD DEL ANÁLISIS DE LAS NO-RESPUESTAS

4.1. *La producción de no-respuestas*

Sin llegar a sostener que las no-respuestas a los cuestionarios (ni siquiera a los cuestionarios de opinión, y particularmente de opinión política, que son un tipo de cuestionarios cuyas no-respuestas son generalmente elevadas y que, con frecuencia, «contienen» una significación en apariencia bastante directa) proporcionan *la* información más importante de dichos cuestionarios⁹, quisiéramos destacar el hecho de que de una manera general el carácter urgente del análisis de los resultados de la administración de un cuestionario conduce a abandonar casi siempre, y siempre a desatender, el análisis de la información que contienen sus no-respuestas. Esta tendencia, a su vez, impide valorar suficientemente la información que también supone, más allá del hecho de elegir una de las alternativas positivas de respuesta, en el sentido estricto, la manera en que los entrevistados *actualizan* esa alternativa de respuesta. Este doble descuido no se corrige al considerar las no-respuestas desvinculadas del contenido y de la forma de las demás informaciones que contienen los datos recogidos mediante un cuestionario.

Para utilizar esas informaciones, sin limitarse a considerarlas de una manera puramente negativa con relación a las demás modalidades de respuesta, hay que empezar por romper con esa concepción «espontánea» de lo que son las no-respuestas, concepción que ya hemos denunciado al principio de esta contribución. Sabiendo que la no-respuesta es una modalidad de respuesta, recordemos que las diferentes alternativas de respuesta sólo descubren la significación de las informaciones que contienen al estudiar las relaciones tanto de exclusión, como de proximidad, e incluso de inclusión, que mantienen todas entre ellas y que el análisis de esas informaciones consiste precisamente en efectuar esas operaciones lógicas, de una manera razonada. Por lo tanto, la relación de oposición que parecen imponer radicalmente y «tan naturalmente», frente a las demás alternativas de respuesta *no es en realidad más que una de las relaciones posibles*, siendo la relación única o principal sólo en función de un tipo de razonamiento que no es sino un enfoque, entre los distintos posibles, pero que tiene por característica el situar aquella relación como relación principal. Ahora bien, esa manera de abordar el análisis de las no-respuestas, cuya pertinencia depende de la coherencia del conjunto de razones explícitas en un determinado razonamiento, no debe hacernos olvidar que dicha relación no encierra más que una de las dimensiones del sentido de la no-respuesta, que por añadidura no se impone de una manera «tan evidente» por el simple hecho de considerar, no ya el contenido patente y manifiesto de las diferentes alternativas

⁹ Esta actitud consiste en invertir simplemente el sentido del defecto que se critica.

de respuesta, sino la forma de las respuestas portadoras de esos distintos contenidos.

La ruptura con esa verdadera prenoción de la no-respuesta, concebida como una simple *ausencia de respuesta*, parece tanto más necesaria cuanto que dicha concepción implica, sobre todo, una verdadera concepción también errónea de la pregunta y de *las relaciones entre pregunta y respuesta*. Al autorizarse uno, por ejemplo, a hacer adiciones de modalidades de no-respuesta, haciendo abstracción (y sobre todo haciéndolo sin criterios explícitos para ello) de las preguntas a las que pertenecen esas no-respuestas, y de las demás respuestas a esas preguntas, se están tratando las no-respuestas como si la fuerza «física» de su naturaleza les impusiera una significación unívoca y como si las preguntas produjeran en el cuestionario todas las respuestas que hubieran podido producir en cualquier otro contexto. De ese modo las respuestas aparecen como todas las respuestas posibles y tan diferentes unas de otras como posible, y, como consecuencia, las «ausencias» de respuesta aparecen todas como la misma respuesta puesto que desde ese punto de vista todas son *la misma ausencia*. Se olvida así que el conjunto de modalidades de respuestas, en el sentido de alternativas «positivas» de respuesta, ya estén éstas previstas en preguntas formuladas de una manera «cerrada» o bien se prevean después en el código que elabore, o surjan en el ordenamiento de los datos recogidos, en el caso de preguntas planteadas de una manera «abierta», no constituyen nunca sino el conjunto de modalidades posibles de respuesta a la pregunta tal y como ésta se ha formulado. Es más, de este conjunto de respuestas delimitado tan directamente por el proceso de obtención de datos, sólo se considerará una parte como *el conjunto de alternativas de respuestas pertinente*, en función de la manera en que, en definitiva, se enfoque la pregunta y sus respuestas al analizarlas concretamente.

Las no-respuestas no podrán, por tanto, aparecer como verdaderas ausencias de respuesta más que si se consideran las respuestas que el cuestionario recoge a una pregunta concreta como todas las respuestas que dicha pregunta hubiera recogido con independencia de la manera en que se formule, con independencia de la situación de encuesta en la que haya sido formulada y con independencia del tratamiento y del análisis al que sean sometidas dichas respuestas.

Nadie podrá nunca reunir el conjunto de todas las alternativas posibles de respuesta a una pregunta, puesto que *la formulación implica ya una conformación de las respuestas que la pregunta solicita*. La ordenación de las respuestas recogidas bajo la rúbrica «otras respuestas» de las preguntas que prevén con antelación las modalidades pertinentes de respuesta (y más aún si se trata de preguntas «abiertas»), en función del análisis previsto ya en el momento de elaborar el cuestionario y al decidir la formulación definitiva de la pregunta, proporciona un ejemplo concreto de todo lo que se olvida cuando se opone de una manera abstracta respuesta y no-respuesta. La manipulación de las respuestas de esa rúbrica consiste en realizar tres tipos de operaciones: *a)* Distribuir las alternativas explícitas ya previstas en la formulación de la pregunta, en cuyo caso se ejerce cierta violencia sobre sus contenidos, al implicar dicho desglose una «rectificación» de las respuestas del sujeto que no había juzgado oportuno elegir ninguna de las alternativas explícitas propuestas. *b)* Dejarlas en esa categoría heteróclita de respuestas que van a cons-

tituir la modalidad definitiva «otras respuestas» que el análisis efectivo de la información nos conducirá a considerar *de hecho* a veces como no-respuestas, puesto que son respuestas «sin contenido», o a contenido «desconocido», y otras veces como «respuestas», pues aunque no conocemos su contenido sabemos, sin embargo, que los sujetos clasificados en dicha modalidad «han respondido» algo, y en ciertos casos puede ser interesante tenerlo en cuenta. c) Integrarlas directamente en la modalidad de no-respuestas en el momento de revisar las «respuestas» del cuestionario tal y como han sido anotadas por el encuestador. En cualquiera de estos casos, y muy especialmente en c), *la distancia* entre la pregunta a la que responde el sujeto y aquella que —para el sociólogo que codifica, recodifica e interpreta (descifra) las respuestas y que a través de todas esas operaciones precisa, e incluso cambia, el sentido que había comenzado a dar a la pregunta en el momento de su formulación y de su inserción en el cuestionario— será, en definitiva, *la única que realmente va a dar un sentido a las preguntas*, pone de relieve, hasta en los gestos técnicos más imperceptibles del proceso de ordenamiento y análisis al que se someten las respuestas, que *en lo que se refiere a la naturaleza «física» de las respuestas que se consideran como «respuestas» nada les opone a las respuestas que se consideren como «no-respuestas»*.

El proceso de producción real de las respuestas muestra del mismo modo hasta qué punto sería ilusorio proponerse enumerar los usos posibles o simplemente deseables de las no-respuestas *a priori*, tarea que carece tanto de sentido como la que consistiría en proponerse enumerar todos los usos posibles de las respuestas a los cuestionarios sin tener en cuenta las preguntas que se hacen, es decir, sin considerar sus contenidos y sus formulaciones¹⁰.

4.2. Efectos de la encuesta y conocimiento del objeto de la encuesta

La situación de encuesta crea un espacio de interacción social complejo, entre cuyas características hay que contar sin duda la de ser un caso particular de intercambio social que no puede considerarse «libre de las convenciones relativas a lo que se debe decir o callar (...) que varían según las clases sociales, las regiones y los grupos étnicos»¹¹. Ahora bien, los efectos de la situación de encuesta sobre las respuestas son en gran parte aquellos que se producen por el cruce y el encuentro del lenguaje del que es portadora la pregunta y el contexto del cuestionario en el que se inserta y los lenguajes de los que son portadores los sujetos que responden, sin olvidar que «los diferentes lenguajes no sólo difieren por la importancia de sus léxicos o su grado de abstracción, sino también por las temáticas y las problemáticas que transmiten», cosa que no podría remediar el carácter formalmente idéntico de las preguntas del cuestionario más «cerrado» que uno pudiera imaginar¹².

¹⁰ Los índices sintéticos de no-respuestas imaginados por los estadísticos son índices *a priori* y por tanto ignoran el sentido mismo de las no-respuestas, constituyendo así un débil recurso a la hora de un análisis exigente de los datos de un cuestionario.

¹¹ D. RIESMAN, "The sociology of the interview", en *Abundance for what*, New York: Doubleday and Cy, 1964, págs. 517-539.

¹² P. BOURDIEU, J.-C. CHAMBOREDON y J.-C. PASSERON, *Le métier de sociologue*, Paris: Mouton-Bordas, 1968, pág. 70.

Se afirma clásicamente que la manera de preguntar y la situación en que se pregunta influyen en las respuestas que dan los sujetos que contestan, pero se suele hacer para deplorar que el estado actual de la metodología de las prácticas sociológicas, es decir, el insuficiente dominio de éstas, no permitan un control completo de aquella situación. Una buena parte de los escritos sociológicos sobre las no-respuestas, por ejemplo, se sitúa en la perspectiva de la construcción del cuestionario y de la elaboración de las instrucciones para su administración, con vistas a reducir al máximo ese tipo de respuestas. Sin embargo, todas las precauciones desplegadas *ad ante* para limitar los efectos de la situación de encuesta sobre las respuestas, y particularmente sobre la tasa demasiado elevada de esas molestas no-respuestas, serían mucho más rentables si, una vez los instrumentos de la encuesta puestos a punto, con sus correspondientes instrucciones prácticas bien definidas, no se olvidara, como se suele hacer, que a la hora del tratamiento y del análisis de los datos obtenidos, *la situación de encuesta ha ejercido ya una influencia sobre las respuestas*, a pesar de todo, pues al no constituir el cuestionario y sus modalidades de administración, más que uno de los términos que definen esa situación, dichas precauciones previas no son sino una condición necesaria para un mayor dominio y control de aquellos efectos, pero nunca una condición suficiente para su (mítica) supresión.

En lugar de limitarse a buscar fórmulas de construcción de instrumentos para conjurar los efectos de la situación de encuesta, más valdría empezar por no olvidar que dichos efectos existen, por una parte, y, por otra, que no son independientes de las características sociológicas de aquellos que constituyen, frente al cuestionario, el otro término de la definición de esa situación cuya influencia se inscribe en las respuestas mismas que se recogen. Y no sólo en lo que podríamos llamar *la mayor o menor precisión general de las respuestas*, por el mayor o menor volumen de no-respuestas que contienen, sino también en *el tipo mismo de precisión que contiene el «contenido» de cada una de las respuestas*.

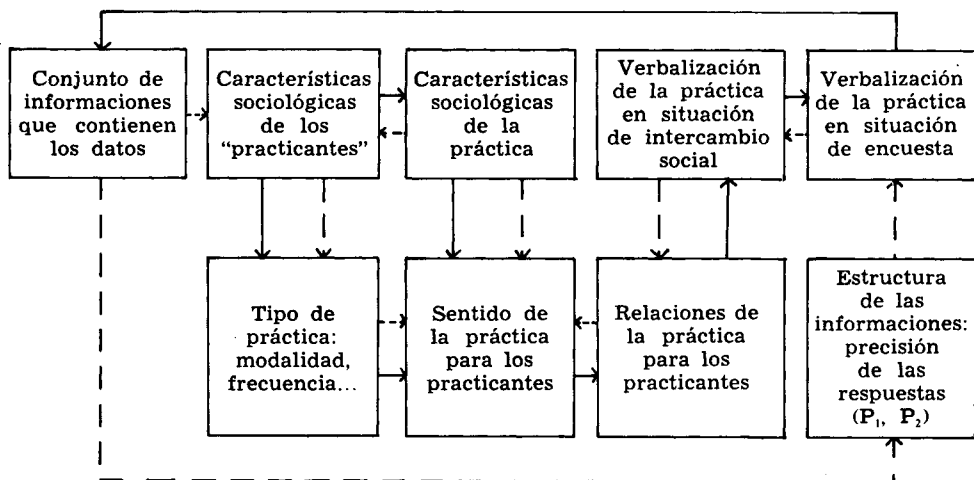
No cabe duda de que los factores que conforman una situación de encuesta *deforman* las informaciones que se producen en esa situación. Pero dicha deformación posee su propia *forma*, entendiendo por este término no la distancia de las informaciones que una pregunta recoge (contenido propiamente dicho de sus respuestas) en base a una formulación con respecto a las que recogería en base a otra formulación y que serían consideradas como más *fiabiles*¹³, sino como el efecto de los tipos de verbalización de los sujetos que responden al ser confrontados a las significaciones sociales, para ellos diferentes, de las mismas preguntas de un mismo cuestionario. Esta forma no varía desde luego arbitrariamente o al azar, por lo tanto el sociólogo cometería un error al ignorarlo y al no plantearse el problema de la significación de esa variación que contiene en sí misma información.

¹³ La "fiabilidad" ha dado lugar a muchas investigaciones, y todas ellas aportan desde luego conclusiones muy útiles para la construcción de cuestionarios y para la formulación concreta de las preguntas. Sin embargo, la deformación a la que nosotros nos referimos aquí no la esquivaría ningún cuestionario, por muy fiables que fueran todas sus respuestas.

Ese análisis no plantea ningún problema formalmente diferente de los demás tratamientos de la información. Se dispone, efectivamente, para cada sujeto que responde, no sólo de las informaciones que contienen sus «respuestas» en el sentido estricto, sino de la información que nos proporciona la estructura misma de las respuestas que ese mismo sujeto proporciona al contestar de cierta manera cuando contesta y al dar no-respuestas por toda respuesta cuando no contesta. Como hemos tratado de mostrarlo con nuestro ejemplo, el análisis de estas no-respuestas, no desvinculadas artificialmente de las demás respuestas, puede servir para poner de manifiesto la producción y el sentido de la estructura de los datos así obtenidos. En la tabla 9 se puede ver la lógica de la emergencia de las respuestas en la situación de encuesta (líneas continuas), y en relación con ella cómo la lógica del tratamiento de las no-respuestas y del tipo de respuesta que hemos seguido en nuestro ejemplo (líneas discontinuas) puede aclarar las relaciones que se designan en los rectángulos.

TABLA 9

Determinación de la producción de respuestas en situación de y análisis de la estructura de los datos obtenidos



Dichas relaciones se encuentran precisamente en *el centro común del objeto de la encuesta y de la situación de encuesta*. A pesar de que ésta no constituye sino un caso particular de intercambio social verbal, en torno a un ámbito determinado de comportamiento, no puede dejar de traducir y manifestar de alguna manera las relaciones que los sujetos mantienen con sus propias prácticas, de las que forma parte la manera de traducirlas en palabras.

El análisis de la estructura de las respuestas a un cuestionario se justifica por ser un indicador del tipo de verbalización del comportamiento que se estudia en si-

tuación de intercambio social: al servir para captar mejor las relaciones de los sujetos con sus propios comportamientos, dicho análisis contribuye a comprender más profundamente las significaciones sociales de aquello que constituye el objeto mismo de la encuesta.

III. LA GESTION SOCIAL DE LOS SILENCIOS *

François de Singly

“Estoy segura de que no quería decir nada...”, comenzaba por contestar Alicia, pero la reina Encarnada le cortaba. “¡Eso es precisamente lo que tengo que reprocharle! ¡Usted tenía que haber querido decir algo! ¿Para qué puede servir un niño que no quiere decir nada?”

LEWIS CARROL

¿Por qué ciertas personas se niegan a hablar cuando se les concede la palabra? Este enigma del silencio intriga a los sondeadores de opinión y no faltan explicaciones que tratan de comprender esta «anomalía» y de suprimirla. Sin embargo, las teorías del silencio en las encuestas no explican la totalidad de las no-respuestas. Proponemos en este artículo una nueva interpretación de las no-respuestas. Para defender su integridad o sus intereses, un sujeto, en el transcurso de una encuesta, puede considerar necesario dominar el flujo verbal e incluso ver en el silencio la única salida. Algunas no-respuestas revelan una forma particular de territorio del yo, «las reservas de información», en el sentido de E. Goffman. Un análisis secundario de datos de sondeos y de encuestas por cuestionario nos suministra los elementos para verificar empíricamente esta hipótesis.

1. *El secreto y la opinión pública*

Se suele sostener que los que no responden a las preguntas que se les hacen se excluyen a sí mismos porque no disponen de la suficiente competencia lingüística o/ni de la capacidad para pronunciarse sobre el tema propuesto. Así, las no-respuestas registradas en los sondeos de opinión, se suelen explicar con respecto a una teoría del dominio diferencial del saber hablar bien. Todo parece confirmar esta interpretación, ya que, en el ámbito político, por ejemplo, los que se declaran incompetentes pertenecen a los grupos cuyo nivel de interés por la política es más bajo, cuya politización es inferior, cuyos resultados de los tests de capacidad política

* Texto traducido del francés por José María DOMÍNGUEZ LUENGO.

son más débiles y cuya tasa de no-respuestas a las preguntas sobre política es más elevada¹. Los silencios «voluntarios» reflejan la interiorización de una dominación social que excluye a las mujeres del terreno político más que a los hombres, a los obreros más que a los directivos, a los que tienen un nivel escolar primario más que a los que tienen un nivel secundario o universitario.

Parece que el silencio remite a una impotencia social: los que no responden, al menos frecuentemente, son los que no saben (hablar o hablar de tal tema). La crítica sociológica de los sondeos de opinión se refiere a la ilusión de la igualdad formal de las personas en esta situación. Las supuestas diferencias en los niveles de competencia o de interés no explican la totalidad de las no-respuestas observadas en los sondeos de opinión o en los cuestionarios sociológicos. Así, en una encuesta del Institut National Des Etudes Démographiques sobre política familiar², los temas de ciertas preguntas que recibieron el mayor porcentaje de no-respuestas —el partido por el que se vota, la frecuencia de relaciones sexuales, la edad de fin de estudios, el total de los ingresos (cf. cuadro 1)— no constituyen indicadores de competencia o de interés. Los que no responden a estas preguntas pueden

CUADRO 1

La jerarquía de las preguntas de una encuesta de opinión sobre la política de la población, según la frecuencia de no-respuestas

	%
¿A qué partido es usted más favorable?	62,4
¿Qué medidas preconizaría usted para aumentar el número de nacimientos? ...	33,5
¿Y para limitar el número de nacimientos?	33,5
¿Diría usted que actualmente en Francia el número de nacimientos es: demasiado elevado, no suficiente o suficiente?	21,7
¿Cuánto tiempo transcurre entre dos relaciones sexuales entre usted y su marido?	19,4
¿A su juicio, el riesgo de tener un niño es mayor durante las reglas, durante los cinco días siguientes o durante el ciclo?	18,6
¿Si tuviera usted a su disposición medios eficaces para limitar el número de hijos, habría usted tenido el mismo número de hijos?	18,2
¿En esta lista de anticonceptivos hay algo que no utilizaría usted por ser difícil conseguirlo?	16,2
¿Están su marido y usted de acuerdo sobre el número de hijos que desean tener?	13,2
¿Hasta qué edad ha proseguido usted estudios?	13,1
¿Estaría usted de acuerdo en que se autorizase el aborto cuando la pareja no quiere tener el niño?	12,4
¿Según usted, qué se puede hacer para evitar un nacimiento?	12,1
¿He aquí una tarjeta que muestra niveles de ingresos, quiere usted indicarnos el suyo?	10,3
¿Es usted más bien favorable, no-favorable a la utilización de la "píldora"? ...	10,1

Preguntas con no-respuestas: 10 por 100.
 FUENTE: I.N.E.D., *Population*, 1977, 4-5, 837.

¹ Esta interpretación de las no-respuestas se halla, por ejemplo, en D. GAXIE, *Le sens caché; inégalités culturelles et ségrégation politique*, París: Le Seuil, 1978.

² P. COLLOMB y E. ZUCKER, *Aspects culturels et socio-psychologiques de la fécondité française*, París: PUF-INED, 1977; P. COLLOMB, "Les non-réponses aux questions d'opinion sur la politique de population", *Population*, 1977, 32,4-5, 835-865.

conocer perfectamente las respuestas y no darlas al encuestador. De ahí una nueva dimensión de la no-respuesta, callarse, no ya porque no se sabe, sino porque no se quiere decir.

En efecto, se suele olvidar con demasiada frecuencia otra de las cosas que presuponen los sondeos de opinión, a saber, que todo aquel (con tal que posea un cierto nivel de competencia) que tiene una respuesta que dar, la da. *La censura voluntaria* es concebible en la problemática clásica de la opinión pública; tamaño regalo —la sociedad que os pregunta vuestro parecer— no se puede rechazar, no se rechaza, a no ser que los receptores se consideren indignos de tanta generosidad. La democracia formal del sondeo de opinión no incluye en su análisis el rechazo explícito de esta «consulta». Comparte con otras esferas del funcionamiento simbólico de la sociedad la esperanza de la comunicación: ¿No es la voluntad manifiesta de comunicarse uno de los signos de salud «psíquica», o «institucional»? *El secreto*, la reserva ni siquiera se derogan en las sociedades en las que la «publicidad» es una de sus «dimensiones constitutivas»³. Si una parte del funcionamiento de la escena pública tiende a escaparse a la mirada de los ciudadanos (prueba de ello es que un periódico como el *Canard Enchaîné**, especializado en los aspectos más oscuros de la vida pública, evita, sin embargo, entrar en los arcanos de la vida privada de los hombres públicos)⁴ (cf. cuadro 2) una parte de la esfera privada de las personas tiende a volverse pública mediante el control «social», mediante la investigación de los institutos de Estado y de los institutos de sondeo⁵.

CUADRO 2

Los dominios públicos del hombre público, estimados por el porcentaje de respuestas «normales» a la pregunta siguiente:

¿Le parece a usted normal que se sepa a propósito de un hombre público?	%
— Cómo se financian sus campañas electorales? ...	81
— Sus ingresos	72
— Sus impuestos	64
— Las adquisiciones de bienes durante mandato	54
— Su estado de salud	51
— Su patrimonio	46
— Su vida de familia	19

FUENTE: Sondeo IFOP, V.S.D., noviembre 1979.

* Famoso semanario satírico francés (NDT).

³ J. HABERMAS, *L'espace public*, París: Payot, 1978.

⁴ Una encuesta entre los lectores de este semanario podría mostrar el perfil de aquellos que se sienten atraídos por eso que los dirigentes "públicos" quisieran que quedase "privado", entre sus acciones "públicas". Los asuntos de dinero aparecerían sin duda como primordiales. No es casualidad que este semanario sea el único que rechace todo ingreso procedente de la publicidad: la mancha del dinero, ocupa un lugar importante en su ideología.

⁵ Con el desarrollo de la "opinión pública" y de la acción social del Estado, se observa una disminución de los ámbitos privados. Si el discurso en dirección de un prójimo inhabitual fuera tan compartido, la obligación de responder no tendría necesidad de tanta codificación jurídica, ni de ser recordada regularmente por el I.N.E.D.

Además de la continua extensión de esta inquisición social —los objetos legítimos de investigación tienden a aumentar— la encuesta de opinión realiza una transformación de las respuestas que ha logrado obtener: se suman opiniones individuales para fabricar un producto —la opinión pública—. Este proceso publicitario tiene efectos retroactivos sobre la relación de encuesta, que no es asimilable a la relación de confesión. En la interacción entre el sacerdote y el pecador, lo privado no deja de ser privado. Aun en el caso de la transmisión a Dios (persona privada), el pecado sigue siendo personal, mientras que en la interacción del sondeo de opinión, lo «privado» está llamado —incluso con las garantías del anonimato— a volverse público. En el confesionario la persona sólo se representa a sí misma; en el sondeo es, involuntariamente, el «portavoz» de su categoría socio-demográfica encargado de responder para que el «público» (es decir, el que lea los resultados del sondeo) conozca las actitudes y comportamientos de dicha categoría. Esta operación de transmutación de la opinión privada en opinión pública no debe ocultarse si se quieren explicar las no-respuestas en un sondeo o un cuestionario. En efecto, ¿por qué presuponer que todos reaccionarían del mismo modo ante este proceso de transformación de su opinión y que la reacción de una persona ante esta alquimia social será idéntica cualquiera que sea el terreno en que se le interroga?

Los sondeadores de opinión se hacen pasar por analistas que han firmado un contrato con sus clientes para que estos respeten *la regla fundamental*⁶. En función de esta regla «se invita al analizado a decir lo que piensa y siente sin seleccionar ni omitir nada de lo que le pasa por la mente, aunque le resulte desagradable, ridículo, desprovisto de interés o fuera de lugar el decirlo». Esta regla fundamental del análisis fue elaborada por S. Freud para descubrir, tras el desorden aparente de las libres asociaciones, el orden de las representaciones ocultas, inconscientes. La situación de encuesta de opinión no es comparable a ésta bajo ningún aspecto, ya que la persona interrogada no ha ajustado ningún contrato de cura con el encuestador y sus «resistencias» no obstaculizan una «curación». Los sujetos interrogados pueden censurarse para *preservar su intimidad* o para evitar ciertos riesgos indisociables del hecho de declarar actitudes y comportamientos.

¿Cuáles son los intereses que se ventilan en la retención verbal testimoniada en la no-respuesta? En nuestra hipótesis, el sentido de las no-respuestas debe interpretarse como un mecanismo de *protección de su identidad*. El silencio es una *resistencia* a que se divulguen pensamientos, comportamientos, saberes que son privados y que no deben dejar de serlo.

2. *La resistencia mediante el silencio*

El esquema de interpretación de las no-respuestas en función del escaso interés o competencia resulta inaplicable a las preguntas que quedan sin respuesta, pero no por ignorancia de los sujetos. Es lo que ocurre con preguntas sobre la edad,

⁶ Véase J. LAPLANCHE y J. B. PONTALIS, *Vocabulaire de la psychanalyse*, París: PUF, 1967. Sobre el silencio en el tratamiento psicoanalítico, cf. M. ARTIERES, "Silence, discours inhibé, discours anecdotique", *Topique*, 1979, 23, 103-118.

los ingresos, algunas actividades realizadas (ejemplo: ¿compró usted un billete de lotería la semana pasada?). ¿Quién puede afirmar que la no-respuesta a una pregunta sobre los ingresos refleja desinterés o ignorancia? La relación entre el flujo del discurso y el flujo monetario queda bien establecida en el adagio francés: «la palabra es de plata, el silencio, de oro». ¿Qué sentido puede atribuirse a una no-respuesta sobre los ingresos en la que se indica explícitamente que el uso que se haga de las respuestas será no-fiscal y que no se transmitirá comunicación alguna de las respuestas a un organismo de impuestos? ⁷. El secreto protege, crea una zona de silencio en torno a esta pregunta.

No es el dinero el único terreno en el que las personas intentan guardar para sí mismas el conocimiento. Cabe pensar que los que se resguardan de la mirada de la opinión pública ante una pregunta determinada suelen ser igualmente los que se refugian en el silencio ante preguntas que juzgan embarazosas. La explotación secundaria de los datos de *Classe, Religion et Comportement politique* ⁸ es ya una primera confirmación de esta hipótesis. En efecto, más de la mitad de los que se niegan a indicar a cuánto ascienden sus ingresos se niegan también a indicar su intención de voto, contra sólo un cuarto de los que declaran sus ingresos. Al contrario de una interpretación de las no-respuestas sobre las intenciones de votar que las explica exclusivamente por el escaso nivel de politización, el cruce entre no-respuestas sobre los ingresos y no-respuestas sobre la intención de voto deja traslucir una lógica del silencio, que no es sólo el testimonio de una relación distante con respecto a la política «oficial», sino que ha de interpretarse como una manifestación de *rechazo a la declaración de sus datos personales —políticos o monetarios—* a una encuesta que le parece inquisitorial.

● *La discreción del campesino*

Lo que contribuye a enmascarar esta resistencia es que los que se niegan a dar «voluntariamente» sus señas personales a cualquier encuesta no son necesariamente los mismos —al contrario— que rechazan otras formas de control, como la obligación de llevar el documento de identidad, la realización de numerosas fichas —particularmente sobre los niños— o la introducción de los ficheros en ordenadores.

El silencio sobre sí mismo toma formas diferentes según sea la posición social y cultural de los que adoptan tal actitud. Como los que no contestan cuando se les interroga sobre sus ingresos o sobre su intención de voto lo hacen discretamente, sin reivindicar públicamente —de un modo distinto que a través del silencio—

⁷ El que se recuerde habitualmente esto, y los procedimientos del tipo de “indique el número que se encuentra en la tarjeta y que corresponda a sus ingresos” para que el sujeto que contesta no tenga que pronunciar la suma de sus ingresos, recuerdan la violencia social que supone esta pregunta. Por otra parte, cada vez que se propone el hacer públicas las declaraciones de ingresos a Hacienda —o simplemente el que se muestre en el ayuntamiento la lista de los impuestos que se pagan desencadena fuertísimas oposiciones.

⁸ M. SIMON y G. MICHELAT, *Classe, Religion et comportement politique*, París: Presses Nat. de Sc. Po. et Editions Sociales, 1977.

el respeto por lo que consideran su vida privada, esta discreción se interpreta mal. En lugar de verlo como un medio de defensa, el silencio se interpreta como incapacidad de responder.

CUADRO 3

La negativa a indicar sus «señas» políticas y monetarias, según la relación entre no-respuestas a la pregunta sobre el voto y a la pregunta sobre los ingresos

	<i>Indica su intención de voto</i>	<i>No indica su intención de voto</i>	
Indica sus ingresos	75	25	100
No indica sus ingresos	47	53	100

	<i>Indica sus ingresos</i>	<i>No indica sus ingresos</i>	
Indica que votará a la izquierda.	93	7	100
Indica que votará a la derecha.	92	8	100
No indica su intención de voto.	80	20	100

Tratamiento secundario.

FUENTE: G. MICHELAT y M. SIMON, *op. cit.*

Los que «optan» por no contestar a las preguntas sobre los ingresos o sobre el voto político provienen generalmente de los grupos de no asalariados, principalmente de los agricultores⁹ Esta discreción parece incluso hereditaria, ya que, entre los obreros, los hijos de agricultores responden con menos frecuencia a la pregunta sobre las intenciones de voto que los hijos de obreros —respectivamente, 31 y 19 por 100— y la misma tendencia se observa entre las mujeres de obreros (43 por 100 de las mujeres de obreros hijas de agricultores no responden, contra 30 por 100 de las mujeres de obreros hijas de obreros)¹⁰.

Sin pretender reconstruir completamente la lógica que pudiera explicar esta tendencia considerable al silencio de los agricultores, parece posible vincular esta resistencia a revelar ciertos datos que se juzgan demasiado personales con una actitud más general de relación entre el dominio «privado» y el dominio público. Da la impresión de que los más reacios a facilitar las indicaciones que puedan permitir que unos agentes —que (con razón o sin ella) son considerados como agentes del cuerpo del Estado— los sitúen dentro de una escala de ingresos o de opiniones políticas son los mismos que conciben el Estado como una potencia útil y peligrosa, como un monstruo que quiere saberlo todo, acapararlo todo. La relación con el Estado se define con ambivalencia: intentar obtener de él lo máximo dán-

⁹ El 31 por 100 de no-respuestas en el grupo de agricultores activos y el 14 por 100 de no-respuestas entre los empleados (G. MICHELAT y M. SIMON, *op. cit.*).

¹⁰ G. MICHELAT y M. SIMON, *op. cit.*

dole lo mínimo. Esto implica una cierta distancia de cara a la vida «pública», una cierta marginalidad que no corresponde a la que R. Sennett analiza. En efecto, esta distancia refleja una protección sin que ello signifique un aumento del narcisismo ni un incremento de la tiranía de las relaciones ¹¹.

● *Política familiar, política demográfica del Estado*

Esta actitud de cara al Estado se observa también en el ámbito de la procreación. Este ámbito constituye un terreno de observación «ideal» con vistas a captar a través de la encuesta la variación social de las relaciones con el área pública y las de ésta con la privada. El número de nacimientos es al mismo tiempo un asunto social y una «realización» personal; cualquier toma de posición sobre el número implica una toma de posición sobre la manera en que se concibe la articulación entre el asunto social y la «realización». En una primera pregunta se pedía a las mujeres que se pronunciaran sobre el número de nacimientos en Francia: «de un modo general, ¿diría usted que el número de nacimientos en Francia es demasiado elevado (a), no bastante elevado (b), suficiente?». Después de solicitar este juicio que implicaba la consideración de cada nacimiento como una parte integrante de un conjunto que constituye un objeto abstracto «el número de nacimientos», otras dos preguntas trataban de las medidas susceptibles de corregir este número: «¿cuáles son, en su opinión, las mejores medidas que se pueden tomar para fomentar el aumento del número de nacimientos» (a), «para limitar el número de nacimientos?» (b). Ya se puede construir una tipología de las mujeres en relación con estas preguntas para establecer una oposición entre las que emiten un juicio sobre el nivel de nacimientos y conciben medios para corregirlo y las que se niegan a juzgar el nivel de nacimientos y a concebir medios de corrección.

TIPOLOGIA

Grupo 1: *Se aprueba una política de población.*

Mujeres que juzgan el número de nacimientos demasiado elevado (forma a) o no suficiente (forma b) y que sugieren una medida susceptible de limitarlo (forma a) o de incrementarlo (forma b).

Grupo 2: *Resistencia a una política de población.*

Mujeres que no se pronuncian sobre el número de nacimientos, que no proponen medidas para limitarlo (forma a) o para aumentarlo (forma b) y que piensan que esta pregunta atañe únicamente a las parejas y no al Estado.

Esta tipología, clasifica a las mujeres consultadas según que respondan o no a dos preguntas de opinión sobre la política demográfica: por una parte, las que contestan a ambas preguntas (grupo 1) y, por otra, las que no contestan a ninguna

¹¹ R. SENNET, *Les tyrannies de l'intimité*, París: Le Seuil, 1979, y "Ce que redoutait Tocqueville", *Tel Quel*, 1980, verano. Para una crítica de esta relación, cf. DE SINGLY, "Le mariage informel", *Recherches sociologiques*, 1981, 1.

de las dos, pero que para la tercera: «en su opinión, ¿debe preocuparse el poder público del número de nacimientos del país o se trata de una cuestión que sólo atañe a la pareja?», optan por la segunda respuesta propuesta (grupo 2).

La manera de enfocar una política familiar, es decir, una intervención del Estado en la definición de los objetivos de las familias difiere considerablemente en función de todo un conjunto de criterios sociales. Las mujeres que, mediante una doble no-respuesta y una respuesta explícita rechazan la posibilidad de una interferencia del área pública en la privada no presentan los mismos rasgos que las que manifiestan en sus respuestas un acuerdo sobre la existencia de una política de la población. Se encuentran más mujeres en el primer grupo que pertenecen a la clase obrera o al campesinado, que viven en un medio rural o en pequeñas ciudades, tienen un nivel escolar inferior, inferiores ingresos, mayor número de hijos y suelen ser católicos practicantes. Queda así de manifiesto que las resistencias más fuertes —precedidas por el «eso sólo es cosa de la pareja» prolongado con un silencio— se observan en los grupos de mujeres más dominadas socialmente. Cualquiera que sea el campo en que se ejerce esta dominación (jerarquía de los recursos escolares, recursos económicos, jerarquía ciudad-campo, jerarquía clases populares-clases superiores), las mujeres que manifiestan reticencias a la existencia de una política de la población suelen proceder de los grupos sociales «inferiores». Por el contrario, las mujeres que expresan en sus respuestas su aprobación por una intervención del Estado en el número de nacimientos suelen pertenecer más bien a los sectores acomodados y dominantes, que son sobre todo urbanos, de un medio socioprofesional elevado y de un nivel escolar secundario o superior (Cf. cuadro 4).

Cuando, en lo que se refiere al conjunto de criterios considerados, se calculan las diferencias entre el grupo de *mujeres que da una doble no-respuesta* y el que da *una doble respuesta*, comprobamos que el indicador que *las diferencia* a ambos grupos es *una no-respuesta a la pregunta sobre los ingresos* (Cf. cuadro 5). Lo que más distingue a las mujeres reacias a la intervención del Estado de las que son menos reacias a dicha intervención es el no declarar el total de los ingresos. El silencio sobre las riquezas está en correlación con la política sobre la población. Esta relación nos permite romper con la explicación que define la oposición entre ambos grupos sólo en términos de incompetencia; podemos pensar que el silencio, reforzado, sobre los medios de una política demográfica es un indicador, al igual que el silencio sobre los ingresos, de una *forma particular* (propia de ciertos grupos sociales) de resistencia al Estado, de defensa de la propiedad personal y familiar.

La hipótesis, ya señalada, que, al contrario de la de R. Sennett, sostiene que toda distancia con respecto al Estado, a la vida pública no viene provocada necesariamente por un incremento de la intimidad en las relaciones, tiene aquí un principio de explicación: en efecto, las mujeres más reacias a la intervención del Estado que declaran que la cuestión de los nacimientos es algo que «sólo atañe a las parejas» son asimismo las que menos tienden a comentar este tema con sus maridos. Parece, pues, que hay una fuerte correlación entre *el silencio entre los conyuges y el silencio ante la encuesta* (Cf. cuadro 6). Al revés, las mujeres que declaran que a través del diálogo conyugal llegan a establecer una política demográfica doméstica son las mismas que no se declaran opuestas a una política demográfica

del Estado. Los adeptos a las formas más «psicológicas» de gobierno doméstico no son los menos partidarios de una «colaboración» del Estado bajo forma de ayuda monetaria a las decisiones tomadas por los dos cónyuges en materia de nacimientos.

CUADRO 4

Descripción sociológica de las mujeres silenciosas en cuanto al tema político

PERTENENCIA SOCIAL

	Agricul- tores	Obreras, personal servicios	Empleadas personal intermedio	Profesio- nales, ejecutivas
Mujeres que dan doble res- puesta	9,6	34,4	26,5	23,0
Mujeres que dan doble no-res- puesta	18,6	49,1	17,7	14,2

RESIDENCIA

	Areas rurales	Ciudades de <20.000 h.	Ciudades de 20 a 200.000 h.	Ciudades >200.000 h.
Mujeres que dan dobles res- puestas	24,0	10,6	21,2	44,2
Mujeres que dan dobles no-res- puestas	41,2	16,8	21,2	21,2

NIVEL ESCOLAR

	Estudios primarios	Secundarios incompletos	Secundarios o superiores
Mujeres que dan doble res- puesta	37,6	34,9	27,5
Mujeres que dan doble no-res- puesta	64,1	29,2	6,7

INGRESOS

	Bajos	Medios	Altos
Mujeres que dan doble res- puesta	19,8	42,4	37,8
Mujeres que dan doble no-res- puesta	39,4	52,2	8,4

FUENTE: I.N.E.D., *Population*, 1977, págs. 4-5.

CUADRO 5

Fuerza de la resistencia a una intervención del estado en el dominio de los nacimientos

% de mujeres a doble no-respuesta	%	Relación
% de mujeres a doble respuesta		
No responde a sus ingresos	2,9	
Es agricultora	1,9	
Vive en áreas rurales	1,7	
Tiene un nivel escolar primario	1,7	
Tiene un nivel de ingresos bajo	1,6	
Es obrera	1,4	
Es católica practicante	1,2	
Vive en ciudades de 20 a 200.000 habitantes	1,0	
Tiene un nivel de ingresos medio	1,0	
Es católica no-practicante	0,9	
Contesta a la pregunta sobre ingresos	0,8	
Tiene una profesión de empleada o de técnico intermedio	0,7	
Es "profesional" o industrial	0,6	
Vive en ciudades de más de 200.000 habitantes	0,5	
Tiene un nivel escolar secundario incompleto	0,3	
Tiene un nivel escolar superior	0,2	
Tiene un nivel de ingresos alto	0,2	

Tratamiento secundario.

FUENTE: P. SIMON, *op. cit.*

3. *Los riesgos de expresarse*

¿Hablar, contestar a preguntas, es realmente tan natural, tan inocente? ¿No se trata más bien de un compromiso personal que comporta riesgos reales o imaginarios? Piénsese, a modo de comparación, en la reacción de quienes se ven invitados a firmar un manifiesto, una petición, un documento de solidaridad con alguien¹². Los que guardan silencio pueden defender así sus intereses personales o los de su grupo, sus «posibilidades» en diferentes mercados, y preservar su identidad social¹³. Este silencio defensivo, esta negativa a hacer gala de sus opi-

¹² Para poder ser candidato a la presidencia de Francia, hay que presentar 500 firmas de hombres públicos elegidos. La "caza de la firma" es muy difícil para los candidatos a la candidatura que no disponen del apoyo de un aparato político, pues un elemento del dispositivo jurídico consiste en hacer públicas las firmas recogidas por cada candidato. Este punto agudiza la "prudencia" de los "notables" que temen una excesiva visibilidad. Por ejemplo, un alcalde de un pequeño municipio rural, solicitado por Coluche, negó su apoyo porque le habían dicho "que publicaban los nombres de los alcaldes que figuren en las listas" (*Le Matin*, 1980, 8 de diciembre).

¹³ E. GOFFMAN, *Stigmaté y Les relations en public*, París: Minuit, 1973 y 1975. Véanse en estas obras lo que se refiere a la identidad social.

niones ante desconocidos puede detectarse en un conjunto vario de sondeos y encuestas.

a) *El silencio y el respeto de la identidad social*

En situación de encuesta, como en cualquier otra situación, el actor social desea obrar «de tal modo que pueda dar, intencionalmente o no, una expresión de sí mismo» para que el entrevistador pueda «sacar una cierta impresión»¹⁴. Toda interacción comporta un riesgo, el de no presentar una información —verbal o no— adecuada a la definición social de su identidad, real o reclamada. La persona que recibe ciertos flujos de comunicación puede interpretarlos según una lógica que contradiga la imagen que de sí mismo quería dar el suministrador de la información. La no-respuesta en un sondeo de opinión puede constituir una *técnica defensiva*: el silencio se convierte en un medio estratégico para evitar una situación que entraría en contradicción con las «representaciones» que suele dar a públicos distintos del entrevistador. *Negarse a contestar* puede ser la única táctica mediante la cual el encuestado intenta protegerse, es decir, no facilitar elementos de respuesta que pueden hacerle «perder el prestigio»¹⁵ ante sí mismo y ante los otros.

CUADRO 6

Resistencia a una política de población, silencio sobre los ingresos, silencio entre los esposos

	FORMA a			FORMA b		
	Indica sus ingresos	No indica sus ingresos		Indica sus ingresos	No indica sus ingresos	
Mujeres que dan doble respuesta	91,1	8,9	100	91,0	9,0	100
Mujeres que dan doble no-respuesta ...	74,0	26,0	100	73,0	27,0	100
	Hablan con el marido	No hablan con el marido		Hablan con el marido	No hablan con el marido	
Mujeres que dan doble respuesta	73,7	26,3		71,9	28,1	
Mujeres que dan doble no-respuesta ...	48,6	51,4		45,2	54,8	

Tratamiento secundario.

FUENTE: I.N.E.D., *Population*, 1977, págs. 4-5.

¹⁴ E. GOFFMAN, *Stigmaté*, pág. 12.

¹⁵ Salvo si se “farolea”, y se da una respuesta para ver si es la “buena”. Cf. E. GOFFMAN, *Les rites d'interaction*, Paris: Minuit, 1974, 9-42; P. BOURDIEU, *La distinction*, Paris: Minuit, 1980, pág. 365.

● *La distancia a la cultura escolar*

En una encuesta realizada entre adolescentes, se les hacía una pregunta sobre la elección de representantes de alumnos en el consejo de la escuela. Había que indicar si había habido participación o no en la elección, y en el caso afirmativo, cuáles eran los nombres de los dos niños elegidos¹⁶.

Si la tasa de no-respuestas a la pregunta sobre la participación en las elecciones varía según el origen social de los alumnos, cambia también en el seno de cada grupo social en función de otros criterios. Esta variación interna se observa más particularmente en el grupo de hijos de obreros. Una quinta parte de los hijos de obreros que asisten a establecimientos escolares en cuya composición social predomina la «burguesía» se abstienen de contestar, contra dos quintas partes de los hijos de obreros en establecimientos cuya composición social predominante es «obrera», (Cuadro 7). Cuando se «cruza» el origen obrero con la localización geográfica de los centros, aumenta la distancia entre las tasas de no-respuestas: menos de una quinta parte de los hijos de obreros que siguen sus estudios en París o en ciudades de provincia no contestan a la pregunta sobre la participación, mientras que casi los dos tercios de los hijos de obreros en los centros de la periferia parisina no contestan. Una tercera relación muestra que los hijos de obreros que son «malos» alumnos tienen una tasa más elevada de no-respuestas que los que se consideran «buenos» alumnos. La negativa a dar una respuesta a la pregunta sobre la participación en las elecciones de delegados de clase constituye un indicador, en el caso de los hijos de obreros, de una escasa integración en el universo escolar y, sin duda, un indicador de una participación en una cultura «extraescolar». Como dice P. Willis, uno de los esquemas de cultura «antiescuela» que, a través de los niños de la clase obrera, importa la escuela es la oposición entre los estudiantes disipados —«lo que les entra por una oreja, les sale por la otra»— y los aplicados —«que son todo oídos»¹⁷. El acceso a un colegio o a un instituto cuya composición es predominantemente no obrera, como el éxito escolar y la adquisición de un buen expediente según las normas de la institución, vienen acompañados por una disminución de la interiorización de esta cultura informal paraescolar. Si es difícil estudiar las vías complejas que conducen a esta desintegración de la cultura «cultura», podemos darnos cuenta, sin embargo, que *el precio de la «entrada» a la cultura escolar* es muy diferente según que se sea hijo de obrero o de ejecutivo. Los primeros manifiestan —como demuestra la disminución de la tasa de no-respuesta— una *relación estricta* con el universo escolar y sus reglas de funcionamiento, mientras que los segundos pueden tener una relación no estricta¹⁸ con este universo —38 por 100 de los buenos alumnos procedentes de las clases superiores contra el 32 por 100 de los malos alumnos procedentes de las mismas clases no

¹⁶ Para más detalles sobre esta encuesta, cf. N. DEHAN, A. PERCHERON y M. BARTHELEMY-THOMAS, "La démocratie à l'école", *Rev. Française de Sociologie*, 1980, XXI, páginas 3.379 y sig.

¹⁷ P. WILLIS, "L'école des ouvriers", *Actes de la Recherche en sciences sociales*, 1978, 24, 50-61.

¹⁸ Sobre la socialización de la relación estricta y de la relación no-estricta a una reglamentación, cf. F. de SINGLY, *L'intériorisation de la normativité dans le cercle domestique*, tesis, París, VIII, 1974.

responden a la pregunta sobre la elección. El silencio tiene, pues, dos sentidos distintos según el origen social de los que no responden. *No responder* significa, o bien una resistencia al universo escolar, una escapatoria al riesgo de ser clasificado en el universo menospreciado de los «pelotilleros» o de los «mojigatos», una relación de «dominado» para con la cultura escolar, o bien una participación en otra cultura que «engloba» la escolar, una soltura que se señala a todos a través de un signo de distanciamiento (testimonio de que uno no se deja engañar en ese juego)¹⁹. Se puede asociar esta oposición entre los tipos de no-respuestas con la de los dos tipos de alboroto en clase: el alboroto «tradicional», que es signo de integración en el universo escolar y el alboroto «anónimo», que indica lo contrario²⁰.

El que alguien eluda una pregunta puede, pues, significar conformidad con la definición de su identidad social. Un alumno de origen popular muestra (y se muestra), al negar a responder a la pregunta sobre los delegados de clase, que se sitúa fuera del grupo de «santurriones», mediante el dominio de sus impresiones, incluso en una situación difícil, no habitual, como la de responder a un cuestionario. A través del control de su flujo de palabras disminuye el riesgo de verse despreciado ante sus propios ojos, ante los de su interlocutor y ante los de sus compañeros (presentes o no). De este modo, mediante la no-respuesta, conserva las características que corresponden a las normas de su «rol» en el sentido de E. Goffman).

● *La «discreción» femenina en cuanto a política*

En otra forma de elección —la que tiene lugar en el ámbito político el sentido de la no-respuesta se puede interpretar según el mismo código de desciframiento. En efecto, se observa que sí, en conjunto, las mujeres tienen una tasa de no-respuestas más elevada que los hombres cuando se les pregunta su intención de voto, las mujeres casadas con directivos dan una tasa de no-respuestas inferior a la de los directivos mismos. (Cf cuadro 8). Esta inversión de la relación entre la tasa de no-respuestas de las mujeres y la de los hombres en las categorías superiores exige una nueva definición de las normas de la cultura «femenina»²¹. Las mujeres casadas con directivos tienen a gala manifestar la ruptura con el modelo del monopolio masculino de la política expresando su intención de voto con más frecuencia que los hombres de su mismo grupo social. Al contrario, las mujeres casadas con obreros declaran su intención de voto con menos frecuencia que sus maridos. Aunque no estén forzosamente menos «politizadas» que las mujeres de las clases superiores, manifiestan con su silencio el respeto a la norma según la cual una mujer no debe hacer públicas sus opiniones políticas.

¹⁹ P. BOURDIEU y J. C. PASSERON, *Les héritiers*, París: Minuit, 1964, y *Les étudiants et leurs études*, París-La Haye: Mouton, 1964.

²⁰ J. TESTANIERE, "Chahut traditionnel et anémique dans l'enseignement du second degré", *Rev. Française de Sociologie*, 1967, VIII, 17-33.

²¹ Sobre los límites de la redefinición de los roles sexuales en el seno de las clases altas, cf. F. de SINGLY, "Le sexisme éducatif des classes supérieures", *L'école des parents*, 1978, 8.

La no-respuesta es una forma de *pudor*, exigida a las mujeres en ciertos medios y en ciertas circunstancias. La reserva que deben imponerse las mujeres en política aumenta en función inversa de sus recursos culturales. Es menos frecuente que las

CUADRO 7

La no-respuesta como distancia a la cultura escolar

TIPO DE CENTRO ESCOLAR

	<i>Dominan los hijos de directivos</i>	<i>Dominan los hijos de obreros</i>	<i>Centro situado en provincias</i>	<i>Centro situado en las afueras de París</i>	<i>Centro situado en París</i>
Hijos de directivos.	38	29	32	38	36
Hijos de obreros ...	20	39	14	63	17

Porcentaje de no-respuestas a la intención de voto al consejo de la escuela.

FUENTES N. DEHAN y A. PERCHERON, *art. cit.*

CUADRO 8

La no-respuesta como proximidad al rol tradicional de la mujer

<i>Profesión del "cabeza" de familia</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres casadas</i>	<i>Relación mujeres/ hombres</i>
Directivos	27	21	0,8
Personal técnico o administrativo in- termedio	14	16	1,1
Obreros	23	34	1,5

Porcentaje de no-respuestas a la intención de voto a una elección política.

Tratamiento secundario.

FUENTE: G. MICHELAT y M. SIMON, *op. cit.*

mujeres que han realizado estudios superiores declaren que algunas actividades políticas no son cosa de mujeres, en cambio, hay más mujeres de ese mismo grupo que declaran que puede ocurrir que hablen de política con las personas que conocen bien. Cuanta más visibilidad social implican las actividades que puedan ser-

vir de soporte a una relación con la política, más inadecuadas se las suele considerar (tanto por los hombres como por las mujeres). Los grados de *inadecuación política*, van desde el voto hasta la acción de pegar carteles o la venta de periódicos pasando por el debate político en una reunión amistosa y la toma de la palabra en una reunión electoral. Cuanto más pública es la actividad política más silenciosas son las mujeres (Cuadro 9). No es que esté prohibido pensar en cues-

CUADRO 9

*La discreción femenina en política
estimada por el tipo de actividad política que no conviene a las mujeres*

	Según las mujeres	Según los hombres
Votar regularmente	4	5
Leer las informaciones	13	11
Hablar de política	45	41
Tomar la palabra en reuniones públicas	67	61
Pegar carteles	96	94

Según el nivel escolar de las mujeres

	Primario incompleto	Primario completo	Técnico	Secundario completo	Superior
Ciertas actividades políticas no convienen a mujeres	79	74	77	74	56
Hablo de política ...	27	43	47	49	59

Estimada por las personas con las que hablan de política las mujeres

	Con el marido o la mujer	Con los amigos	con otras personas
Hombres	59	69	41
Mujeres	53	41	22

FUENTE: M. DUVERGER, reproducido en D. GAXIE, *op. cit.*

tiones políticas, sino dejarse ver en público, expresar sus opiniones políticas (y, por tanto, «hacer política», ya que eso implica siempre un acceso al área pública). La pregunta sobre la intención de voto en un sondeo de opinión adquiere un sentido diferente según sea el grado de identificación de la persona con su «rol» sexual; declarar la intención de voto a un desconocido (no olvidemos el secreto que rodea a tal acto), es una infracción tanto más grave a la norma de discreción política cuanto más fuertes son las exigencias de discreción de la vida política.

El que las mujeres deban guardar una cierta *discreción política* no se explica únicamente por el monopolio que ejerce el hombre sobre el saber político y, más aún, sobre la expresión política de dicho saber en público, sino también por el *lugar* específico que ocupan las mujeres en el funcionamiento de las *redes de sociabilidad*. Al papel —más bien masculino en las clases no superiores— de portavoz o delegado doméstico en lo que a asuntos políticos se refiere, corresponde el papel más bien femenino de *guardiana de la paz*. Si las mujeres se abstienen de participar en las discusiones políticas, por ejemplo, durante las reuniones de familia es para poder, si el caso se presenta —al ser la política el ámbito en el que se manifiestan las discrepancias (políticas o no)— desempeñar su papel de conciliador, de juez de paz.

La neutralidad por el silencio autoriza un mantenimiento de las relaciones pese a un incremento de la tensión. La censura política constituye una de las condiciones para la integración de ciertos grupos²². Así, si hay que soslayar un tema de discusión entre padres e hijos casados, el de la política ocupa el primer lugar. La sensibilidad al riesgo de disensión política y, por consiguiente, la exigencia de la censura, disminuyen cuando existen otras maneras de evitarlo. Si las mujeres de las clases superiores pueden expresar más fácilmente sus opiniones políticas dentro y fuera del círculo doméstico y si el silencio declarado no es tan fuerte en ese medio social (71 por 100 de padres que ocupan puestos directivos contra un 55 por ciento de padres obreros piensan que no se evita ningún tema de conversación con sus hijos casados)²³, es sin duda porque, al *expresarse políticamente* en un tono más *mitigado*, resulta menos necesaria la división de los «roles» políticos según el sexo y la censura explícita. El «modelo» en el que los hombres discuten con vehemencia mientras las mujeres se callan queda sustituido en las clases superiores y en las fracciones «cultivadas» de las clases medias por un modelo en el que cada cual puede hablar, pero con mayor moderación.

● *El silencio de la institución*

Así pues, el silencio en una encuesta de opinión o en otros tipos de interacción puede significar *conformidad* con las normas de su «cultura» o *aceptación* de la definición social de su identidad. El mismo sentido puede tener para una insti-

²² La descripción de una "Petite république paisible" (*Le Monde-Dimanche*, 1980, 10 agosto) —en un camping de la península de Quiberon— muestra que una de las reglas del funcionamiento de esta comunidad temporal (pero que se reconstituye cada año) es el silencio político que respetan incluso los más politizados pues "las discusiones políticas crean divisiones".

²³ L. ROUSSEL, *La famille après le mariage des enfants*, PUF-INED, París, 1976.

tución. Cuando se comparan en la lista oficial de profesores del Institut d'Etudes Politiques los títulos mencionados con los omitidos, que no figuran en ella aunque los profesores los posean, queda patente la imagen que la institución quiere dar de sí misma. Resulta que las características *oficiales* que constituyen la identidad de esta institución no corresponden a las características ocultas. «Compuesta oficialmente, al menos en lo esencial, por miembros del profesorado de las facultades de derecho y de letras y por miembros de la alta administración... el cuerpo docente del I.E.P. cuenta entre sus miembros, aunque de modo oficioso, a un importante número de directivos del sector privado, de empresarios y de miembros del aparato político»²⁴. Mediante esta ocultación, el I.E.P. puede pretender ser un lugar «neutral», alejado del ámbito de los intereses privados y cercano al servicio público. Aunque los profesores contratados suelen tener una multitud de cargos institucionales, sólo se declaran los que pertenecen a la administración y a la enseñanza superior para respetar la representación de sí misma que quiere conservar y dar a conocer esta institución. Para preservar la función de esta institución —a saber, la de ser un lugar de intersección, un espacio de encuentro entre las distintas fracciones de las clases dominantes— se necesita un cierto desconocimiento, una censura: «el olvido». La publicidad que se da a todos los títulos que poseen los profesores es muy desigual porque exige una *correspondencia* entre la definición proclamada de su identidad institucional y los atributos que exponen los miembros de la institución.

b) *El silencio y la propia integridad*

La no-respuesta, el *blanco*, constituye una defensa elaborada por los agentes sociales y las instituciones para intentar protegerse contra todo acontecimiento que pueda poner en peligro la integridad (en los dos sentidos de la palabra) de las personas y de las instituciones. Muchas preguntas que se hacen en las encuestas amenazan, involuntariamente, al encuestado: tanto las preguntas sobre los diplomas que se poseen, los pintores que se prefieren como las que se refieren a su opinión sobre la intervención soviética en Afganistan o el fraude fiscal pueden ser interpretadas como un atentado, *un ataque a la unidad simbólica puesta en escena* pese a las contradicciones «internas» del funcionamiento personal.

● *La negativa a indicar la pertenencia social*

P. Bourdieu y J. C. Passeron señalaron en *Les Héritiers* que los estudiantes «suelen coincidir en eludir la simple designación de la profesión de sus padres, cualquiera que sea» ya que la declaración de su origen social se opone a la definición que para sí reivindican los estudiantes: escapar a toda coacción y no obedecer más que a la lógica del libre arbitrio. De modo que «querer ser y querer escogerse» se traduce por «negarse a ser lo que no se ha decidido ser»²⁵.

²⁴ L. BOLTANSKI, "L'espace positionnel: multiplicité des positions institutionnelles et habitus de classe", *Rev. Française de Sociologie*, 1973, XIV, 1, 3-26.

²⁵ L. BOLTANSKI, *art. cit.*

• *La negativa a indicar el nivel escolar*

Entre las profesiones «sometidas a una redefinición brutal como consecuencia de la afluencia de jóvenes con nuevos títulos», L. Thevenot²⁶ señala que las personas pertenecientes a ellas de mayor edad tienen una tasa de no-respuestas mucho más elevada que los más jóvenes cuando se les hace una pregunta sobre el diploma (Cf. cuadro 10). El silencio sobre su nivel académico expresa la amenaza que suponen los más jóvenes que tienen muchos más diplomas a causa de la inflación de éstos²⁷. «Hacer una pregunta sobre el diploma equivale necesariamente a terciar en la batalla entre las dos fracciones de la profesión... y terciar a favor de los jóvenes»²⁸, ya que el diploma es una baza para los jóvenes y un hándicap para los de más edad. Callarse cuando se les pregunta sobre su nivel académico constituye su única defensa en ese terreno, el terreno en el que se han visto obligados a luchar. Con sus respuestas corren el riesgo de una desclasificación profesional.

CUADRO 10

La no-respuesta como protección de la desclasificación profesional. Ejemplo del personal de los servicios médico-sociales (% de línea)

<i>Edad</i>	<i>Diploma superior</i>	<i>Diploma no-declarado</i>
20-24 años	9,0	7,0
25-29 años	14,6	9,0
30-34 años	15,9	11,1
35-39 años	13,8	12,7
40-44 años	11,0	17,2
45-49 años	8,8	15,6
50-54 años	9,7	16,3
55-59 años	9,6	22,4
60-64 años	8,3	25,8

FUENTE: L. THEVENOT, *art. cit.*

²⁶ L. THEVENOT, "Une jeunesse difficile. Les fonctions sociales du flou et de la rigueur dans les classements", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 1979, 26-27, 3-18.

²⁷ J.-C. PASSERON, "L'inflation des titres scolaires sur le marché du travail et le marché des biens symboliques. Examen d'un schème analogique dans la recherche sociologique", ponencia, *Coloquio de Urbino*, 1980, septiembre.

● *La negativa a indicar cuáles son sus pintores preferidos*

A la pregunta, ¿cuáles son sus pintores preferidos? existen dos tipos de no-respuesta (Cf cuadro 11). La primera es el reconocimiento de una incompetencia sobre la jerarquía «legítima» de los pintores; la segunda —señalada por una negativa explícita a dar una respuesta— traduce sobre todo la resistencia a efectuar una clasificación personal, conscientes de que toda clasificación puede prolongarse en una desclasificación personal si la clasificación manifiesta un desconocimiento del «buen gusto» legítimo. Cuanto más elevado es el diploma de los entrevistados más frecuente resulta una no-respuesta —explícita—; cuanto más bajo es su nivel escolar, más frecuente es la no-respuesta —simple—. Esta variación refleja a la vez una soltura para permitirse rehusar explícitamente el juego de las preguntas y las respuestas y una cierta incomodidad ante la amenaza de una pregunta. De las personas que tienen una pretensión cultural sólo pueden permitirse responder íntegramente a las preguntas sobre las prácticas culturales, es decir, reconocer comportamientos clasificados en la categoría del «mal gusto» aquéllos que están seguros de que no se pondrá en duda su opinión. Por ejemplo, cuando se pregunta a C. Levi-Strauss si ve la televisión, responde que muy poco para poder leer, excepto la emisión «Au théâtre ce soir»²⁹, que retransmite comedias ligeras, emisión que ocupa una posición muy baja en la jerarquía legítima de las emisiones televisadas.

CUADRO 11

*La no-respuesta como incompetencia o como protección contra la clasificación.
Pregunta sobre los pintores preferidos*

<i>Nivel escolar</i>	<i>No-respuesta %</i>	<i>Negativa a responder</i>
Inferior al bachillerato	22	1
Bachillerato	17	9
Superior	10	20

FUENTE: P. BOURDIEU y A. DARBEL, *L'amour de l'art*, París: Mimit, 1969.

● *La negativa a tomar posición*

Ciertas no-respuestas a preguntas de opinión manifiestan que los encuestados se encuentran en apuros. Para no tener que reconocer (y reconocerse) contradicciones internas entre dos elementos ideológicos, o incompatibilidades entre una

²⁸ L. THEVENOT, *art. cit.*

²⁹ C. LEVI-STRAUSS, *Le Monde*, 1980, 5 de julio.

opinión declarada y una toma de posición, el refugio en el silencio permite resolver el conflicto. Así, los electores comunistas tienen una tasa más elevada de no-respuestas que los socialistas sobre la actitud del partido comunista francés a propósito de la intervención soviética en Afganistán, y, al contrario, los socialistas la tienen más elevada que los comunistas sobre la campaña del partido comunista contra la instalación de misiles nucleares en Europa (Cf. cuadro 12). En lugar de reconocer públicamente la diferencia de opinión sobre un punto concreto con su partido, los electores comunistas se refugian en el silencio; en lugar de declarar que están de acuerdo con otro partido en una consigna que se opone a la del suyo, los electores socialistas se abstienen. Este aumento variable de las no-respuestas a ciertas preguntas puede indicar, además de un apuro momentáneo provocado por una contradicción entre el propio compromiso y una de sus actitudes (cuya variación socio-cultural habría que medir), la posibilidad de asumir ante otros opiniones que se estiman socialmente incompatibles.

CUADRO 12

La no-respuesta como expresión de un «aprieto» político

— *El aprieto de los electores comunistas franceses.*

“¿Se estima usted más bien de acuerdo con el partido comunista italiano que condenó la intervención soviética de Afganistán, o con el partido comunista francés que la aprobó?”

	Más bien con el PC italiano	Más bien con el PC francés	“Sin opinión”
Electores comunistas	25	44	31
Electores socialistas	69	6	25

— *El aprieto de los electores socialistas franceses.*

“El partido comunista ha lanzado una campaña contra la instalación de misiles nucleares americanos en Europa, sobre todo en Alemania. ¿Cree usted que tiene razón o no en hacerlo?”

	Tiene razón	No tiene razón	“Sin opinión”
Electores comunistas	73	13	10
Electores socialistas	48	31	21

FUENTE: Sondeo Louis-Harris FRANCE, *Le Matin*, 1980, 24 de enero.

c) *El silencio y la protección de los propios intereses*

Hablar o no hablar. El silencio puede ser una técnica eficaz de protección de los propios intereses. Declarar un comportamiento, una actitud que, según una norma social o una reglamentación se considera «enojosa», puede mermar las posibilidades de defensa de los intereses del individuo. Cada semana el diario francés *Libération* publica anuncios por palabras que son verdaderas ofertas y demandas en el mercado sexual. Como la expresión escrita de las necesidades sexuales es algo que raramente se admite, se tiene la impresión de que en estas columnas ha desaparecido la censura. Pero existe la autocensura, puesto que los que desean un compañero o una compañera para tener relaciones sexuales deben presentarse de tal modo que los lectores sientan la necesidad de responderles. En una carta, un lector denunciaba la lógica que obliga a silenciar un estigma: en un intento de abolir la ley de la disimulación, proclamaba públicamente su handicap y su esperanza de dejar de ser excluido únicamente por este criterio³⁰. ¿Por qué no puede tener amigas un paralítico de las piernas? Sobre todo cuando se tiene más de cuarenta y dos años... Es un defecto imperdonable...? Ya he puesto muchos anuncios pero ninguna chica sigue adelante cuando anuncio mi estado físico. Empiezo a pensar que los que leen *Libération* están menos «liberados» de lo que creen...». Cuando hablar de sí mismo puede ocasionar perjuicios, se requiere un control de la información que va dirigida a otras personas³¹.

Para defender sus intereses, una persona puede verse obligada a disimular ciertas informaciones que le perjudicarían si se dieran a conocer causándole daños materiales o simbólicos. Analizaremos a continuación dos modalidades de disimulación: el fraude fiscal y el fraude conyugal.

El *fraude fiscal* suele tomar la forma de una infraevaluación de los ingresos, omitiendo en la declaración una parte más o menos importante de ellos. Como demuestra una encuesta del Centro de Estudios de los Ingresos y los Costos, la disimulación no es producto de la ignorancia del que declara, sino de la probabilidad de que lo controlen realmente³². La «sinceridad» y la transparencia fiscal dependen menos de las cualidades personales de los individuos que de las condiciones de posibilidad objetiva de «defraudar» que se tienen.

El *fraude conyugal* —o adulterio—, ¿es algo que debe callarse o no? En las comedias de G. Feydeau, cuando el marido engaña a su mujer, raramente se lo dice, son más bien las circunstancias las que se encargan de hacerlo. En las comunidades «pequeño-burguesas» estudiadas por G. Mauger y C. Fosse³³ la transparencia es una regla, toda infidelidad se debe confesar por un prurito de autenticidad. El silencio total sobre el fraude conyugal, que es una buena manera de preservar la propia imagen en tanto que cónyuge y de acumular, en el caso del

³⁰ *Libération*, 1979, 3 de abril.

³¹ Ciertos pasados —políticos, penales— pueden comprometer, por eso, para que el individuo o la institución se liberen de los efectos negativos de la memoria, han de tratar que se borren. Sobre la censura, cf. P. BOURDIEU, *Questions de sociologie*, París: Minuit, 1981, 138-142.

³² C.E.R.C., *Le revenu des non-salariés*, París, 1980.

³³ G. MAUGER y C. FOSSE, "Tragédie, vaudeville et communautés", en *La vie buissonnière*, París: Maspéro, 1979, págs. 67 y sig.

hombre, por ejemplo, los servicios sexuales de la amante y los domésticos de la madre-mujer, es algo que preconizan más los hombres y las mujeres de más edad³⁴. Aunque es difícil estimar las fluctuaciones temporales de la infidelidad conyugal, parece seguro que la verdad sobre las relaciones sexuales «extra-conyugales» es uno de los elementos de la nueva doctrina matrimonial (Cf. Cuadro 13)³⁵. El valor del silencio en esta materia tiende a disminuir. La definición del «buen cónyuge» se transforma; ya no se trata de salvar ante todo las apariencias, la calidad de las relaciones es lo que más cuenta.

CUADRO 13

El silencio sobre el fraude sexual

Respuestas a la pregunta: «¿Si un marido (una mujer) es infiel, cree usted que él (ella) debe confesarlo a su mujer (su marido)?»

- a) Solamente si ella (él) lo pide.
 b) Incluso si ella (él) no lo sospecha.
 c) En ningún caso.

		SI UN MARIDO			SI UNA MUJER		
		a	b	c	a	b	c
Hombre casado	20-29 años	26	32	38	24	34	38
	30-49 años	23	15	58	23	15	58
	≥ 50 años	19	10	61	19	10	61
Mujer casada	20-29 años	28	34	33	27	31	38
	30-49 años	22	15	55	22	15	55
	≥ 50 años	17	8	64	17	8	63
Hombre 20-49 años	Estudios primarios	22	18	54	23	19	51
	Estudios secundarios	26	22	46	25	23	43
Hombre ≥ 50 años	Estudios primarios	18	19	63	17	9	65
	Estudios secundarios	22	14	57	22	14	56

FUENTE: P. SIMON, *op. cit.*

 4. *El deber de hablar y el saber callarse*

Según P. Clastres, en ciertas sociedades «primitivas», «la palabra es el deber del poder»³⁶. «Para el jefe, hablar es una obligación imperativa, la tribu

³⁴ P. SIMON, *Rapport sur le comportement sexuel des français*, París: Juillard-Charron, 1972.

³⁵ Sobre la definición de esta nueva doctrina matrimonial, cf. F. de SINGLY, «Le mariage informel», *art. cit.*

³⁶ P. CLASTRES, *La société contre l'Etat*, París: Minuit, 1974, 133-274.

quiere oírlo: un jefe silencioso no es un jefe». En los estados contemporáneos, con la importancia concedida a la opinión pública, parece que hablar se ha vuelto una obligación imperativa para el pueblo, al menos hablar en ciertas condiciones: por medio de un voto regular, por medio de frecuentes sondeos de opinión sobre temas impuestos, etc. Este aumento de las consultas que se hacen a los agentes sociales no debe ocultar la violencia simbólica que se ejerce sobre los encuestados, presentando los sondeos como algo «natural». Esta violencia es tanto más frecuente para el entrevistado cuanto que el tema sobre el que debe pronunciarse pertenece a un terreno completamente «secreto» (es decir, que nunca es objeto de conversación) o a un dominio exclusivamente reservado a la conversación privada (es decir, en una relación muy diferente de la de la encuesta). Por ejemplo, la persona que nunca habla con nadie de sus problemas sexuales es más sensible a esta violencia simbólica que representa un sondeo de opinión sobre este tema, que aquél que tiene costumbre de hablar de ello (cf. Cuadro 14); pero también se puede pensar que el que

CUADRO 14

Un ejemplo de violencia simbólica ejercida por la encuesta estimada por la relación entre respuestas «nunca» y respuestas «frecuentemente» a la pregunta «¿Habla usted de sus problemas sexuales?»

Relación nunca/frecuentemente

Mujer, 50 años o más, nivel estudios primarios	10,0
Hombre, 50 años o más, nivel estudios primarios	3,4
Mujer, 50 años o más, nivel superior a primarios	1,3
Hombre, 50 años o más, nivel superior a primarios	1,0
Mujer, 20-49 años, nivel estudios primarios	0,6
Hombre, 20-49 años, nivel estudios primarios	0,5
Mujer, 20-49 años, nivel superior a primarios	0,2
Hombre, 20,49 años, nivel superior a primarios	0,1

Tratamiento secundario.

FUENTE: P. SIMON, *op. cit.*

habla con su cónyuge de estos problemas sufrirá con más intensidad esta violencia cuando se le pregunta en un sondeo que el que habla con una autoridad médica o religiosa. El hecho de grabar o de tomar nota de las respuestas aumenta esta violencia simbólica. En un número de la revista *Les temps modernes*³⁷ se narraba una sesión entre un psicoanalista y un «enfermo» en la que, de un modo casi experimental, se desenmascaraban los presupuestos de una situación de encuesta. Dos elementos perturbaban la relación ordinaria del análisis: el enfermo preguntaba al médico, le conminaba a que respondiera y grababa en el magnetófono las respuestas del médico. La fuerte resistencia del médico a que se le hicieran preguntas, y sobre todo a que se grabaran —«o saca fuera ese magnetófono o no

³⁷ "Dialogue psychanalytique", *Les Temps Modernes* 1969, 24, 274.

digo ni una palabra más...— tengo derecho a no hablar delante de un magnetófono... estoy dispuesto a hablar con usted y a explicarme, pero no con un magnetófono³⁸— muestra que la presencia del magnetófono hace posible la grabación y, por tanto, que *la publicidad de la palabra* transforma muy profundamente la relación y el valor de los intercambios verbales. Preguntarse sobre el significado de las no-respuestas sin situarlas en el marco de la teoría de la violencia simbólica³⁹ impide la comprensión de estos silencios. Una *sociología de la consulta social* bajo forma de encuestas requiere que se capten los «territorios del yo» de los encuestados. Más particularmente, esta sociología exige que se haga un estudio de la variación social de lo que E. Goffman llama en *Les relations en public*⁴⁰ *las reservas de información*, es decir, «el conjunto de hechos que conciernen al individuo y cuyo acceso quiere controlar cuando se encuentra en presencia de otra persona». Es claro que, cuando hace ciertas preguntas, el sondeo de opinión es una «ofensa territorial», ya que el encuestador intenta entrar en un territorio que el entrevistado no quiere someter a interacción. Desde el punto de vista de la encuesta, estas reservas de información se pueden clasificar en tres grupos: las que son estrictamente personales y que no comparten con nadie, incluso fuera de la encuesta; las que se comparten fuera de la encuesta, pero no en la encuesta; y las que se pueden compartir en la encuesta y fuera de ella⁴¹.

Ignorar las resistencias silenciosas que suscitan las ofensas territoriales que provoca el sondeo o la encuesta sociológicos puede conducir a interpretaciones erróneas de no-respuestas. El silencio en la encuesta no significa siempre impotencia o desinterés. Puede hacer referencia a una forma de posesión de pensamientos y de comportamientos que excluye que el entrevistado los exteriorice. Un suceso ilustra los errores de desciframiento del silencio debidos al olvido de la existencia de una *socialización diferencial* de las reservas de información. Uno de los argumentos contra el etnólogo Cyril Belshaw, acusado de haber asesinado a su mujer, consistía en señalar la frialdad del procesado, su ausencia de emoción o manifestación pública de pena. Su hija indicó, durante el juicio, que en su familia el comedimiento, la no-demostración de los sentimientos personales era una norma. Su madre le había enseñado siempre a no llorar en público: «tus problemas te pertenecen a tí, no a los demás»⁴². Cualquiera que fuera la intensidad de la pena, había que dominarse y hacer *invisibles* los propios sentimientos, forma de socialización opuesta a la de las culturas australianas, por ejemplo, en las que «la expresión de los sentimientos» era obligatoria, como lo muestran los estudios de M. Mauss⁴³.

³⁸ "A.", *art. cit.*

³⁹ P. BOURDIEU y J.-C. PASSERON, "Fondement d'une théorie de la violence symbolique", en *La reproduction*, París: Minuit, 1970, 14-84.

⁴⁰ *Op. cit.*

⁴¹ Tal vez exista un cuarto grupo, las reservas sólo accesibles para "extranjeros". Véanse los escritos sobre las confidencias; por ejemplo, P. C. COZBY, "Selfdisclose: A literature review", *Psychological Bulletin*, 1973, 73-91; J. P. CODOL, "Confidences personnelles et climat de confiance", *Bulletin de Psychologie*, 1977-78, XXXI, 333, 3-6, 298-303.

⁴² *Le Matin*, 1980, 6 de diciembre.

⁴³ M. MAUSS, "L'expression obligatoire des sentiments", en *Oeuvres*, París, Minuit, 1968.

Los presupuestos de los sondeos de opinión —todas las personas tienen una opinión; todas las personas que tienen una opinión pueden decirla— subestiman la importancia de las actividades, de los comportamientos y de las opiniones que permanecen en secreto⁴⁴, al menos relativamente (es decir, que no han de ser comunicados a cualquiera). Ciertos conocimientos tienen sus circuitos de difusión y no deben salir de ellos. J. Jamin, en *Secret cynétique et pouvoir communal*⁴⁵ muestra que la taxonomía de los animales cazados por los furtivos y utilizada por y entre ellos era ignorada por sus propias esposas que, sin embargo, participaban en ciertas fases de la caza. Más aún, el autor piensa que las mujeres pueden llegar a un «dominio conceptual del dispositivo» de la caza y a la «capacidad de diagnóstico», pero que «no pueden expresarse socialmente»⁴⁶. El poder de nombrar y organizar las cosas queda reservado a los hombres. El saber-decir sólo da origen a la expresión oral si está acompañado del poder-decir. Callarse no es forzosamente un deber de las personas dominadas, sino que exige un cierto dominio que es reconocido socialmente. El conocimiento sociológico de los sectores protegidos por el secreto requiere técnicas de acopio de datos distintas del cuestionario⁴⁷, que es incapaz de superar las resistencias de los encuestados. Sólo una presencia prolongada puede permitir el acceso a las zonas ocultas. Nótese que lo que se escapa a la precipitación del cuestionario no pertenece necesariamente al área más personal de los individuos, sino que, al contrario, puede ser un elemento de información pública (cuya difusión es sin embargo limitada). Es lo que ocurre con los apodos. F. Zonabend apunta que si se dan fácilmente los nombres y apellidos en una encuesta genealógica, nunca se citan los apodos. «El apodo es un nombre que se oculta al forastero, al que viene de otra parte, al simple espectador»⁴⁸. Después de pasar algún tiempo con los encuestados aparece el apodo en la conversación para designar al ausente. El apodo concierne a la comunidad que lo inventa, en general a partir del alejamiento de una norma social de comportamiento, y que lo usa fuera de la presencia del apodado (sólo los niños se permiten hacerlo directamente).

Saber callarse no es sólo una regla de cortesía como las que enunciaba A. Le Chapelain en su *De Arte Amandi*⁴⁹ —para proteger el amor cortés de una publicidad destructora dando así una prueba más de amor—, sino que es también una regla implícita de la vida cotidiana⁵⁰. La no-respuesta es un enriquecimiento de los procedimientos de la prudencia, una resistencia a la intrusión del sondeo.

⁴⁴ Cf. *Dialogues*, 1980, "Secrets de famille".

⁴⁵ En *Les lois du silence*, París: Maspéro, 1977.

⁴⁶ *Op. cit.*

⁴⁷ Para un enfoque etnológico de esos sectores, cf. J. FAVRET-SADDA, *Les mots, la mort, les sorts*, París: Gallimard, 1977.

⁴⁸ F. ZONABEND, "Pourquoi nommer", en *L'identité*, seminario bajo la dirección de C. LEVI-STRAUSS, París: Grasset.

⁴⁹ Traducción francesa, J. LAFITE-HOUSSAT, *Troubadours et cours d'amour*, París: PUF, 1979.

⁵⁰ Saber callarse no es privativo de las personas dominadas, para quienes ello constituye a menudo un deber. En muchas profesiones en contacto con el público, se exige el secreto profesional como condición mínima para poder ejercer el oficio.

NOTAS